

C

240

4/3



# D. Carlos

considerado como patriota,

militar y político

POR

D. Miguel Bordoy y Oliver





D. CARLOS



H- 52863

F- 52927

ATV  
24817

# D. Carlos

considerado como patriota,

militar y político

POR

D. Miguel Bordoy y Oliver



PALMA DE MALLORCA

TIPO-LITOGRAFÍA DE AMENGUAL Y MUNTANER

1900





## CAPÍTULO PRIMERO

---

### I

#### *Situación de España*

**C**ORROMPIDA en todos los órdenes de la esfera social y política, á media asta la bandera de la honradez, lealtad y caballerosidad, victima del caciquismo triunfante que comienza en el ministerio y acaba en el último elector del más insignificante villorio, y de las concupiscencias más torpes y desenfrenadas, humillado el principio de autoridad, en completa licencia la injusticia y el vicio, abiertos é indefensos sus puertos, sin barcos, con un ejército humillado, arruinada la hacienda, en pésima situación su crédito, sin colonias y hasta sin honor, casi indica que ha aparecido en las nevadas montañas de los Piri-

neos, una mano que durante las orgias de sus afeminados hijos ha escrito sobre la nieve, con caracteres de fuego, aquellas terribles palabras escritas en las paredes del recinto donde se celebraba el festín de Baltasar, *Mane, Thecel, Phares*, indicando el *Finis Hispaniæ*, á no aparecer un salvador que, con la llama de la verdad en la mano y un corazón español en el pecho, la conduzca por los únicos senderos que pueden guiar á la ansiada regeneración, tan invocada por los falsos apóstoles como deseada por los verdaderos amantes de la patria.

¿A dónde nos dirigiremos con la antorcha encendida repitiendo como Diógenes «*hominem quaero*»?

En los fusionistas, en los conservadores y en todas las fracciones de ambos derivadas, no encontraremos sino á los hombres de Melilla, de Cavite y de Santiago de Cuba: dirigirnos á ellos fuera locura incomprensible, correr á los republicanos, sin fe y sin creencias, sería un sarcasmo para aquel pueblo que en las encrucijadas de sus caminos levantaba la cruz de Cristo, poniéndola también en las torres de sus catedrales, en sus pechos los guerreros y en su corona los reyes; no quedándonos, por tanto, otro remedio, que buscar un hombre que no esté contaminado de las ideas ni de unos ni de otros, y que sea á la vez un gran patriota, entendido general y verdadero político, antepo-

niendo á sus propios intereses los intereses de la patria.

¿Dónde lo encontraremos? Si no en D. Carlos, creo que no existe.

Veámoslo, pues.

---

## II

### *D. Carlos*

Aunque D. Carlos de Borbón no nació en España, puédese afirmar, no obstante, que es español, pues nacido accidentalmente en Laybach (Austria), y forzosamente en el extranjero por los decretos de proscripción, confiscación y destierro dictados contra su familia, es considerado como tal, según la legislación que ha estado y está vigente todavía en nuestra querida España. Además, lejos de renunciar á la nacionalidad española, la ha invocado y mantenido siempre á ejemplo de su ilustre abuelo D. Carlos M.<sup>o</sup> Isidro y de su padre D. Juan de Borbón y de Braganza, muertos ambos en el ostracismo.

---

### *Concepto de patria*

No es la Patria solamente la tierra que pisamos, el azul puro y trasparente del cielo que nos cobija, sino aquel conjunto de tradiciones, de glorias y recuerdos, que unen una generación con otra, cual eslabones de no interrumpida cadena; aquellas tradiciones, glorias y recuerdos que el liberalismo con criminal mano ha borrado de la bandera que nos legaron Fernando III *el Santo* y Jaime *el Conquistador*, Isabel la Católica y Jiménez de Cisneros, Carlos V y Felipe II; aquellas tradiciones, glorias y recuerdos que eran el orgullo del pueblo español, y que al mismo tiempo que en los días de triunfo le recordaban las hazañas de sus héroes, en los momentos de prueba le rejuvenecían y le confortaban.

---

IV

*Amor á la Patria*

Según la encíclica *Sapientiae Christianae*, «por ley de naturaleza estamos obligados á amar especialmente y defender la sociedad en que nacimos, de tal manera que todo buen ciudadano esté pronto á arrostrar la misma muerte por su patria.» Así lo ha comprendido D. Carlos, pues el primer sentimiento ha sido desde su infancia el amor á nuestra España, como lo demostraremos comenzando en sus primeros años.

El primer idioma que habló, fué el español, y aunque conoce perfectamente el italiano, el alemán, el inglés y el francés, siempre ha dado la preferencia al lenguaje de sus antepasados.

Cuando estudiaba la historia de España, nos dice en su diario que «la lectura de las glorias de mi patria, me llenaba de noble orgullo, me complacía en ser hijo súyo y juraba de no llevar indignamente el nombre de español. Contemplaba los tiempos gloriosos en que nuestra patria era señora del mundo, y le deseaba otro porvenir de gloria; contemplaba sus héroes, y pedía á Dios poder ser de ese número.»

Refiere el P. Cabrera que, al hablarle de España, se entusiasmaba, preguntándole sobre

las costumbres, paseos, monumentos, aldeas, pueblos y ciudades, y «en cuanto á noticias históricas, añadía, no era necesario repetirselas para que quedaran grabadas en su memoria; cuando le refería nuestras glorias y le daba á conocer nuestros héroes, sus negros ojos brillaban, sus mejillas se encendían, y besando con ardiente efusión mis manos, me decía: ¡Qué hermoso es ser español!»

En 1860, nos dice el mismo D. Carlos que experimentó un gran disgusto, porque tuvo que marcharse el P. Cabrera, siendo su tristeza grande porque veía en esa separación un tiro directo de los italianos contra los españoles, y en sus venas sentía helarse su sangre toda de España y para España, pues herían su amor á la patria cuya historia le hacía escribir el citado Padre, ilustrándosela con las armas de todas las provincias y con planos de batalla; de modo que, por aquel entonces, se quedó sólo con el mallorquín Castañer (de Sóller) y á quien aún no podía hablar, por el mero hecho de ser español; ¡ruda prueba para una alma que, si no vivía en su patria, ésta vivía en él.

Entonces sus verdaderos y queridos confidentes eran los héroes españoles D. Pelayo, el Cid, Jaime el Conquistador, Cisneros, el Gran Capitán, Carlos V, D. Juan de Austria, el duque de Alba, Felipe II y tantos otros. Escribía sus vidas, celebraba sus proezas, y su corazón vivía alimentado de sus hazañas, que deseaba

imitar. ¿Cómo saciar ese fuego patrio, que en su pecho constantemente ardía? ¿cómo calmar los impulsos de su patriotismo? ¿cómo suplir aquellas explicaciones de su querido P. Cabrera? ¡Qué vejaciones no tuvo que sufrir, qué espinas no punzaron su tierno corazón!

En cierta ocasión, lleno de angustias, hasta increpaba á la luna diciéndola: «¡Dichosa tú que iluminas á España! ¡dichosa tú á quien miran los españoles!», y seguía desahogándose con ella, refiriéndola sus tristes pesares, y con ello hubiese querido inculcar á la España de sus amores, que 30<sup>o</sup> bajo cero había un corazón que ansiaba salvarla.

En Praga tuvo también que sufrir contradicciones de la misma índole que las anteriores; la política era lo que más le distraía, apartándole de los estudios, pues sólo las cosas de España le preocupaban, y, casualmente, eran las que le tenían privado de estudiar.

Más tarde D. Carlos y su hermano D. Alfonso querían que los que les rodeaban fuesen españoles, así es que se lo participaron á su madre la cual se enfadó insistiendo dos y tres veces, accediendo al fin y dándoles por maestro al P. Ramón y permitiendo que Sta. Cruz fuese á verles durante el día. D. Carlos llamaba intrusos á los italianos, contestándoles sólo sí ó no, para desesperarlos y aburrirlos y que se fuesen, estando encerrado á veces á pan y agua por su proceder.

Cuando ya residía en Venecia, contemplando el hermoso sol del Mediodía, el mismo que con sus argentíferos rayos acariciaba su idolatrada España, fué allí un tal Ortega con asuntos importantes, no queriéndosele recibir por ser español, pero D. Carlos, que nunca olvidaba á su patria, encontró medios para entenderse con él, sucediendo lo propio con otros españoles que posteriormente fueron también allí.

Pero hay á veces en medio del dolor momentos en que circunstancias especiales lo hacen olvidar, y he aquí uno de ellos, en los ocho días que D. Carlos pasó en Trieste, en compañía de su abuela D.<sup>a</sup> Maria Teresa; allí le rodeaban españoles, pareciéndole casi estar en la misma España, pues se comía á la española, las camas eran españolas y en todas partes había recuerdos de su patria, que jamás había visto. Esta estancia en Trieste le reanimó, comunicándole nuevos alientos. Estaba resuelto: no quería extranjeros, y así es que resolvió á su madre á tomar un ayo español.

En su diario, al referir las felicitaciones de que era objeto con motivo de concedérsele la mano de D.<sup>a</sup> Margarita, dice: «pero esto no me daba el gusto que cuatro renglones de un español cualquiera»; esto no obstante pocas eran las cartas de España, las cuales le consolaban, llenándole de alegría.

Lo que deseo, decía en cierta ocasión, no es precisamente que mi frente ciña la corona de S. Fernando, sino no oír el gusano roedor de mi conciencia que me diga que no he hecho lo que estaba en mi mano para salvar mi querida patria que tanto amo.

El amor de D. Carlos á España, no es solamente platónico; y, si en cien ocasiones no lo tuviese demostrado, bastaría el siguiente caso para demostrarlo. Cuando se trataba, en un consejo, de la venida de Cabrera, ante respetable número de caracterizados carlistas, entre ellos el leal y elocuentísimo orador D. Antonio Aparisi quien abogaba por el esforzado general, sacrificando D. Carlos su amor propio, que grande lo tiene, dijo: «quieren que venga Cabrera, sé que Cabrera no vendrá y si viene será para nuestro mal, de esto estoy bien seguro; pero quiere España, quiere el partido que venga, yo no puedo consentir que en ningún tiempo se diga que Carlos de Borbón por terquedad se opuso á algo que pudiese redundar en bien de la Patria; hago pues el sacrificio de mi amor propio, y, por mucho que me cueste que ustedes nunca podrán apreciarlo en su justo valor, escribo á Cabrera y le escribo solo por el amor que tengo á España.»

Ven muchos en D. Carlos la ambición de ser rey, imponiendo su voluntad á toda la nación, cuando sabemos que lo que más desea, no es ceñir la corona, ni mandar ejércitos, sino

salvar á la patria; pues él nos ha dicho: «si lo que represento no pudiera salvar á España, nada sustentaria; tengo una gran ambición, la de salvar á España que se hunde. España se muere y llama á cuantos quieran salvarla, siendo yo el primer conspirador, el primer soldado, el rey.»

En 1871, contestando á los jefes de las minorías carlistas Sres. Marqués de Villadarias, Conde de Orgaz y Nocedal, escribía, entre otras cosas, lo siguiente:

«Pero mi España querida es antes que yo; yo no quiero un trono asentado sobre el cadáver de su patria; por librarla de tanta desolación y tan espantosos horrores, le ofreci desde niño el sacrificio de mi vida; hoy que los instantes son supremos, yo daré si es preciso mi sangre, toda la sangre de mi mujer, la sangre de mis hijos.»

¿Queréis más pruebas aún de amor patrio de D. Carlos? Pues ahí van más:

«Deseo, decía, que ese derecho mio sea confirmado por el amor de mi pueblo. Mi obligación por lo demás, es consagrar á este pueblo todos mis pensamientos y todas mis fuerzas; morir por él ó salvarle.» (Carta á D. Alfonso su hermano.)

«Españoles: ya estoy entre vosotros; que vengo á consagrar mi vida á vuestra felicidad, lo sabe España, lo sabe el mundo entero..... Cada gota de sangre que se derrame será una

herida de mi corazón, porque mi corazón es el vuestro, es el corazón de la patria.» (Alocución de Vera.)

«Nacido y criado en el amor á España, salvarla fué mi primer pensamiento y ya no ha sido otro el pensamiento de mi vida » (Manifiesto de Morentin.)

«No hay dolor de España que no me llegue al corazón lo mismo que si fuera un dolor personal;... el mayor título de gloria para todos nosotros, es el de llamarnos españoles.» (Carta 1.<sup>a</sup> al Sr. Llauder )

«Antes de ahora, he dicho que nunca abandonaría a España, y hoy lo repito. Estoy ligado á sus destinos por los torrentes de sangre generosa que la he visto derramar en mi defensa. Lo juro una vez más; nunca la abandonaré » (Respuesta al mensaje de los legitimistas franceses.)

«Sólo mi cuerpo vive expatriado, pero mi alma y mi corazón no han salido de España desde que abandoné su suelo bendito.» (Carta 3.<sup>a</sup> al Sr. Marqués de Cerralbo.)

A todo esto debemos añadir que la guerra civil que al frente de la comunión tradicionalista sostuvo contra la república y contra la monarquía de D. Alfonso XII, no la llevaba á cabo impulsado por su ambición, sino para cumplir sus juramentos y por su ardiente españolismo.

D. Carlos tiene abiertas las puertas de su palacio Loredan á cuantos españoles visitan la Italia, sin distinción de clases ni de política. Allí le han visitado diplomáticos y artistas, amigos y enemigos, comerciantes y periodistas, quedando prendados de su amabilidad, de sus vastos conocimientos, de su entendimiento claro y reflexivo y sobre todo de su españolismo sin límites; pues en aquella morada española, tan lejos de España, se habla el español, española es la servidumbre, española hasta la comida; de modo que, así como Sertorio, puede vanagloriarse D. Carlos de haber hecho una España en Italia.



## CAPÍTULO SEGUNDO

---

DON CARLOS CONSIDERADO COMO GENERAL  
Y SOLDADO

---

V

### *Las primeras peripecias*

A los más ó menos accidentados días de su infancia, sucedieron otros borrascosos y llenos de peligros. Él quería y quiere salvar á España, y como las empresas de esta clase no son de facil ejecución, natural era que tuviese que emplear medios en extremo delicados, llenos de asperezas y sinsabores. Uno de los que tuvo que disponer fué el sostenimiento de la guerra civil contra los gobiernos de la revolución. Vamos, pues, á considerarlo como soldado y general, ya que le hemos estudiado como español, del que es perfecto modelo.

Una de las cosas que más le impresionaban, eran las visitas de los emigrados carlistas; miraba sus heridas con respeto y se entusiasmaba

al oír el relato de las batallas á qué habíam asistido, encantándole la franqueza del soldado; «de ahí, nos dice, puede figurarse el gozo y alegría con que recibiría, el día en que cumplí los 7 años, el nombramiento que me dió mi tío, con uniforme completo, de sargento de artillería.»

Cuando la guerra de Italia, don Carlos, todavía muy joven, ansiaba vivamente tomar parte en ella; así es que escribió á su tío y á otros, recibiendo por contestación, que era aún demasiado niño, á los cuales daba por respuesta que para defender una causa justa no es la niñez ningún impedimento, y añadiendo que por qué le había nombrado su tío teniente si no quería que fuese á ocupar su puesto; y que como oficial tenía derecho y deber de ir allá. Esto no obstante, no le hacían caso, lo cual le disgustaba mucho. Al concluirse la guerra, su tío le nombró capitán, y él llorando exclamaba: «Me han quitado la ocasión de merecerlo.»

Más tarde, al declararse la guerra de Italia y Prusia contra el Austria, quiso ir D. Carlos de soldado raso; ofreciéndole su tío el duque de Módena llevárselo de ayudante, experimentó tal alegría, que desde aquel día para acostumbrarse á las penalidades de la vida de campamento dormía en el suelo; pero bien pronto toda esa alegría se convirtió en tristeza, pues

el emperador no quiso aceptar la cooperación de ningún príncipe extranjero.

Determinado, más tarde, D. Carlos, á salvar á España, apeló á la guerra, y decidido á dirigir su ejército, compartiendo con sus voluntarios penalidades y peligros, ordenó el alzamiento, para el 21 de Abril en 1872, entrando en su Patria idolatrada, por Vera, el 2 de Mayo del mismo año, al frente sólo de diez y ocho hombres armados con palos y cuatro ó cinco revolvers. Habia dicho «yo estaré en los puestos de mayor peligro», y, cumpliendo su palabra, estuvo á punto de perder la vida, como veremos.

En una de aquellas alquerías de los Pirineos tenia que encontrar D. Carlos un centenar de voluntarios armados, no encontrando ninguno así como tampoco armas de ninguna clase, á excepción de una bayoneta, que, ajustándola á su bastón, la empuñó al grito de ¡viva España!

Grave era la situación de D. Carlos, pero como á los grandes corazones les pasan inadvertidos los peligros, de aquí que de ningún modo quiso abandonar su pequeño ejército, desoyendo los prudentes consejos de sus amigos que le acompañaban.

No tardaron mucho en divisarse mil doscientos carlistas, doscientos de ellos armados con escopetas de caza, no todas en buen estado; D. Carlos los vió desfilan emocionado, entrando con ellos en Vera, siendo recibido con repique de campanas y verdadero entusiasmo.

Rodeados á poco por fuertes columnas, tuvieron que emprender una marcha forzada durante todo el día.

Triste era la situación; el cansancio y el hambre habían invadido aquel naciente ejército, de cuyos soldados no se diferenciaba el ilustre Príncipe, que al ofrecerle un voluntario un trozo de pan al que ya había saludado con unos mordiscos, no quiso aceptarlo, dándole las gracias y asegurándole que no comería hasta que lo efectuasen sus leales servidores. Tan precaria situación, la agravó la perseguida columna de Carasa, que también llevaba su gente en malísimas condiciones, y con ambas columnas llegó D. Carlos á Oroquieta, donde tenía que realizarse el desenlace de la fatal tragedia que había comenzado en Vera.

En la citada población se produjo alguna alarma, que se creyó falsa; pero una granada de obús reventó en la misma casa en que almorzaba D. Carlos, quien con el general Carasa, su secretario Arjona y otros jefes, montó á caballo, mandando á sus voluntarios desarmados que distrajesen al enemigo, en tanto que él, con doscientos hombres armados, se preparaba á resistir. Cedieron los carlistas ante la superioridad de los liberales, quedando solo Don Carlos, Arjona y dos carlistas, los cuales salvando la línea de tiradores enemigos, llegaron á un villorrio, en donde pudieron proveerse de guías que les sacaran del laberinto en que

se hallaban, quienes, sin duda por temor de ser hechos prisioneros ó fusilados, desaparecieron. En duro aprieto estuvo D. Carlos y sus acompañantes en tales circunstancias, sin saber el camino, rendidos de cansancio y de hambre, con los caballos sin poder respirar, y, para coronar tantos sinsabores, hasta el cielo pareció conjurarse en aquel momento contra ellos, desencadenándose tremenda tempestad, en tanto que á lo lejos brillaron algunas luces y hacia ellas marcharon, no obstante de encontrar tal vez allí al enemigo. Entró en Larrainzar D. Carlos, sin ser notado y en medio de la oscuridad, se acercó á una casa y apeándose del caballo tocó á la puerta. Abrió un joven sacerdote, que al reconocerle exclamó: «Marchad de aquí; estáis perdidos. En mi casa se albergan oficiales generales.» El príncipe insistió, tratando su interlocutor de cerrar la puerta, impidiéndoselo aquél, que le pidió guías. El sacerdote, accediendo, salió á la calle acompañándoles por entre las guardias enemigas á las que saludó militarmente D. Carlos. El joven ministro del Señor, le indicó en voz baja donde tenía que dirigirse para encontrar un guía. Allí se dirigió D. Carlos, encontrando al hombre que buscaba, en compañía del cual y de sus acompañantes, de peligro en peligro pudo ganar la frontera, concluyendo aquella trágica escena, en la que desempeñó el papel de protagonista el descendiente de cien reyes,

después de haber demostrado que cumplía aquellas palabras: «Yo estaré en los puestos de mayor peligro.» Efectivamente, había abandonado las comodidades del hogar doméstico por la vida de partidas, exponiéndose á caer prisionero de sus mortales enemigos y tal vez ser fusilado.

---

VI

*D. Carlos en campaña. Allo y Dicastillo*

Comenzada de nuevo la guerra en el Norte, D. Carlos pisó por segunda vez el suelo español el 16 de Julio de 1873 en Zugarramurdi, donde fué recibido por D. Antonio Lizárraga y el Marqués de Valde-Espina, asumiendo en persona el mando del ejército del Norte, empezando en aquel momento á compartir los sufrimientos propios de la vida de campaña. Casi aún no habia D. Carlos puesto el pié en tierra española, yá le vemos asistir al sitio de Estella, durante el cual se supo que el brigadier Villapadierna se acercaba en socorro de la ciudad, y á disputarle el paso con Ollo al frente de la caballería y dos batallones, corre el

egregio Príncipe, lo que, sabido por el liberal, le hizo desistir de la empresa que había intentado, aunque más tarde fué rechazado Villapadierna, cuya derrota hizo que reforzada la columna de éste con cuatro batallones y el general Sta. Pau al frente, saliera para Dicastilla en donde se hallaba D. Carlos con el 1.º de Navarra. Trabóse allí rudo combate, declarándose, por fin, la victoria por el novel ejército, del que no se separó un momento D. Carlos, cuyos deseos secundaron admirablemente los generales Ollo, Argonz é Iturmendi, viendo desfilar poco después el joven caudillo cerca de nueve mil voluntarios.

---

VII

*Montejurra*

A una de las batallas que D. Carlos asistió, fué la de Montejurra, cuya relación vamos á hacer, dejando empero la palabra al autor de la *Campaña del Norte*, que á más de su buen criterio, tomó parte en aquella encarnizada

lucha que el sol contempló por espacio de tres días:

«Llegamos ya á la célebre batalla de Montejurra, para la cual se concentró previamente el grupo del ejército liberal en Logroño y el carlista en Estella, siendo de notar que en esta memorable jornada, que duró tres días, jugaron las tres armas.

A los dos días de la acción de Mañeru entró en Estella D. Carlos, con los generales Elio, Dorregaray, Marqués de Valde-Espina y Martínez de Velasco, seguidos de cuatro batallones vizcaínos, como refuerzo, por si el general Olo no hubiera podido impedir el paso al general Moriones. Como vemos, el refuerzo no llegó á ser necesario; pero tanto D. Carlos como sus tropas, fueron todos por el camino más corto, es decir, por las Amézcuas, y contribuyeron al feliz éxito de la acción que se preparaba.

El ejército carlista encargado de la defensa de Estella se componía, pues, de los batallones 1.º de Castilla, 1.º de Arratia, de Durango, de Guernica y de la Rioja, más cuatro batallones de Alava y cinco navarros; total, ocho mil infantes, unos doscientos caballos mandados por el coronel Pérula, y cuatro cañones de montaña de la batería Reyero.

El ejército republicano se componía próximamente del doble ó sean unos diez y seis mil hombres, con más de mil caballos y veinte y

ocho cañones, entre ellos ocho de batalla, sistema Krupp.

.....  
.....  
Con motivo de haber pensado D. Carlos celebrar el día de su Santo, al mismo tiempo que la llegada de su augusto hermano D. Alfonso y de la princesa D.<sup>a</sup> María de las Nieves de Braganza, con corridas de toros y otras diversiones propias del caso, el objetivo del general Moriones, era apoderarse de Estella en aquellos días precisamente, calculando que con las diversiones que se preparaban, no tendrían muchos deseos de combatir los batallones carlistas y que su moral se hallaría acaso quebrantada.

Amaneció el día 3 de Noviembre, y Moriones salió muy de mañana de Los Arcos, con los generales Primo de Rivera, Terrero, Ruiz Dana y otros. La niebla que cubría el horizonte, lejos de evaporarse, como se presumió, se deshizo en menuda lluvia al poco rato, conforme iba avanzando el día; y como no presentaba indicios de despejar, ordenó Moriones la vuelta á Los Arcos.

Los batallones carlistas, al saber por sus confidentes el movimiento de los republicanos, ocuparon en buen orden Arroniz, Luquin, Barbarin, Urquiola y Villamayor, saliendo también á Arqueta los batallones que ocupaban Villatuerta, Abarzuza y demás; pero ni

D. Carlos ni los generales salieron de Estella, excepción hecha de Ollo, porque la noticia del avance de Moriones coincidió con la de su regreso á Los Arcos.

Celebráronse, pues, las fiestas con la mayor alegría: se lidiaron algunos becerros y se racionaron abundantemente los batallones, á cuyo fin se relevaban éstos durante los días 4, 5 y 6, para que todos disfrutasen de aquéllas, las cuales se hacian á ciencia y paciencia de Moriones, detenido forzosamente por el temporal, y que deseaba estorbarlas á todo trance.

Llegó por fin el día 7, y á la misma hora de la mañana franqueaba el general Moriones las gargantas de la sierra de Cogullo, dando vista á las posiciones carlistas, que ocupaban nuestros batallones aprestados al combate. Casi al romperse el fuego de las guerrillas y de la artillería liberal, llegó el general Elio con su Cuartel general, y D. Carlos al mediodía. Dividió Moriones sus fuerzas en dos columnas desiguales; la de su derecha avanzó protegida por el fuego de sus veinte piezas de montaña, con intención de envolver la izquierda carlista defendida por Ollo y los navarros. La otra columna, más pequeña, adelantó pausadamente por la carretera, con la caballería y artillería montada, en la idea, sin duda, de apoderarse de Villamayor y Monjardin, donde se apoyaba la derecha carlista.

La batería de montaña carlista se dividió en dos mitades: una mandada por el comandante Reyero y el teniente Llorens, operó en la izquierda; la otra mandada por el comandante Iza y el teniente Ortigosa, en la derecha, colocando el obús de á 12 tiro delante de la iglesia de Villamayor, y el cañón rayado á la izquierda en unos sembrados. A esta última sección se agregaron en la acción del 9 el comandante general, coronel Berriz, y el teniente coronel Brea. La primera sección tomó posiciones en Barbarin y Luquin.

Como el proyecto del general Moriones fué el envolver ambas alas carlistas y apoderarse de Montejurra y Monjardín, centinelas avanzados de Estella, conocida ya la resistencia de la izquierda carlista, hizo reforzar su columna derecha de ataque. Como su número era bastante más considerable que el de los batallones contrarios, logró á las doce de la mañana correrse por una de las estribaciones de Montejurra y entrar en los pueblos de Luquin y Barbarin, mientras la segunda columna entraba sin obstáculo en Urbiola por no haber fuerzas en dicho punto. Muchas y considerables bajas debió costarle al general republicano la posesión de estos pueblos (cuyos habitantes, dicho sea de paso, los habian abandonado poco antes), cuando en todo el resto del dia no pudo adelantar ni uno más. Que la resistencia de los carlistas fué grande, lo prueban

las bajas que sufrieron sus fuerzas, especialmente el batallón 2.º de Navarra y la sección de artillería: ésta retiraba sus piezas á brazo por un extremo del pueblo, cuando los enemigos entraban por el otro, no dándoles tiempo para cargar aquéllas en los mulos, hallándose, por tanto, muy expuestas á caer en poder de los republicanos, sosteniéndose seis horas consecutivas el fuego de fusil y de cañón, que no cesó hasta bien entrada la noche.

Dueño Moriones de los citados puntos, la infantería carlista se retiró á una segunda estribación de Montejurra, donde se sostuvo hasta la noche sin retroceder ni un solo paso y en cuyas posiciones vivaqueó. Entonces hizo el general Moriones que adelantase á Urbiola la artillería montada, rompiendo un vivo fuego contra las posiciones de la derecha carlista, para preparar el ataque contra Villamayor. Estas posiciones fueron tenazmente defendidas por los batallones de Durango, de riojanos y 5.º de Navarra y por la sección de montaña, en términos que el enemigo se vió obligado á retroceder dos veces sobre Urbiola. La noche puso término á la acción del día 7; ambos ejércitos quedaron: los liberales en las posiciones conquistadas, que hicieron decir á Moriones en un telegrama que puso al Gobierno: *Tomado á Montejurra, domino á Estella*; la primera línea carlista con los generales Dorregaray, Ollo y Marqués de Valde-Espina, en Villa-

mayor y Montejurra; la segunda en Arqueta con el general Velasco, y la caballería en Ayequín con el coronel Pérula, preparados todos al combate, que todo hacia presumir se libraría al día siguiente.

Así fué, en efecto. El día 8 amaneció lluvioso, y el fuego se rompió por ambas partes antes de amanecer, repitiéndose el de cañón bastante vivo hacia Villamayor, desde donde fué contestado por la artillería carlista concentrada en dicho punto desde el anochecer del día anterior. Continuando la lluvia, y á causa, sin duda, de ella, el enemigo suspendió su fuego á las nueve de la mañana. Entre los heridos carlistas del segundo día, se contó el comandante Conde, del batallón 1.º de Castilla, herido al parecer leve, pero que murió en el hospital de Irache dos meses después. El resto del día, lo pasaron las tropas liberales y carlistas en sus respectivas posiciones.

Al medio día se despejó la atmósfera, y deseando D. Carlos visitar los puntos avanzados, contra el parecer de su Cuartel Real, marchó sin embargo, acompañado de muy poco séquito, hacia Villamayor con el fin de no llamar demasiado la atención del ejército liberal, cuyas masas cubrían Urbiola y sus alrededores, y que se hallaba á poco más de un kilómetro. Las baterías enemigas habían permanecido calladas hasta las doce; pero advertidas, sin duda, de la visita régia, rompieron otra vez el fuego

con granada y *shrapnells* reventando una de ellas á los piés del caballo de D. Carlos. Logrado el objeto de éste, regresó al cabo de un rato á Arqueta, trayendo en la mano el culote de dicha granada, y al ver á los artilleros, se dirigió al coronel Bériz y díjole jovialmente:

—He aquí un regalo que me hacen tus queridos compañeros del otro lado.

Aludia tal vez D. Carlos á la conversación que tuvo con Bériz, Brea, Dorda, Rejero y García Gutiérrez, cuando dichos oficiales de Artillería se le presentaron en Vergara, á principios de Septiembre, pues sin dejar de ser el recibimiento tan digno de aquella Augusta Persona como de los artilleros favorecidos, lamentóse D. Carlos de que muchos jefes y oficiales de Artillería hubian conferenciado con él ó sus allegados, indicándoles que primero irian á ponerse á sus órdenes que servir al Gobierno federal de España, y á pesar de esto habia visto recientemente que el disuelto cuerpo se disponia á aceptar la invitación de reorganización hecha por Castelar como Presidente de la República. No sólo trataron los referidos oficiales de disculpar á sus antiguos amigos y compañeros, haciendo presente á Don Carlos la situación precaria ó particular de algunos, sino que le suplicaron fuesen llamados á su lado el dia que como Rey llegase á Madrid, si Dios lo permitia. D. Carlos oyó atentamente sus palabras y les contestó con estas ó

parecidas frases: *Pláceme mucho ver en vosotros esa generosidad y compañerismo: si quiere Dios que ganemos y llegue yo á ser un día Rey de España, vosotros habréis contribuido á ello con vuestra ciencia y vuestro valor; pero yo no podré permitir que sigáis en vuestros antiguos puestos de la Escala, como solicitáis; sin embargo, haré todo lo que queráis por la gloria del Cuerpo de Artillería.* Desde entonces no olvidó nunca D. Carlos la prueba de amistad dada en aquella ocasión por los oficiales de artillería carlista á los artilleros liberales, y á esta conversación aludía sin duda D. Carlos cuando en Montejurra enseñaba á los primeros el culote de una de las granadas disparadas por los segundos.

Pasóse el resto del día 8 sin otra novedad; pero á la media noche llegó á noticias de los generales carlistas Dorregaray y Valde-Espina, que habían pernoctado en Villamayor, que se sentía en Urbiola y demás pueblos ocupados por el ejército del general Moriones un ruido extraño. Enviados exploradores y confidentes, se averiguó de una manera positiva, que el enemigo abandonó Urbiola, Luquin y Barbarín á las dos de la madrugada, sin tocar cornetas y en el mayor silencio, y que marchaba en retirada á Los Arcos, tratando de ganar el desfiladero de Cogullo antes de rayar el día. Avisado oportunamente D. Joaquín Elio, ordenó desde luego Dorregaray á las tropas más avan-



zadas (que lo eran el 1.º de Castilla, el 2.º de Navarra y algunas compañías vizcainas), que se preparasen y saliesen enseguida para cortar el paso á los liberales. Ordenó también al ala izquierda carlista que adelantase por su parte. Pero como quiera que los republicanos habían ya franqueado ó estaban próximos á ganar las alturas de Cogullo por el sigilio con que habían emprendido la marcha, resultó que únicamente los dos batallones mencionados con Dorregaray y el Marqués de Valde-Espina, y la caballería de Pérula, tuvieron tiempo de hostilizar la marcha de aquéllos.

He aquí el relato de la batalla de Montejurra por el brigadier Sr. Brea, batalla á la que, como se ha visto, asistió D. Carlos, exponiendo su vida como sus amados voluntarios.

---

## VIII

### *Somorrostro*

Deseoso D. Carlos de compartir con su heroico ejército las fatigas de la guerra, marchó á Somorrostro en compañía del general Dorregaray, situándose en las Cruces, desde donde

podía acudir, tanto al cerco de Bilbao, como á los voluntarios que habian de disputar el paso á los liberales.

Ruda fué aquella lucha y mucho tuvo que sufrir el ejército carlista el 24 de Febrero de 1874, pues roto el fuego por los liberales, los carlistas en medio de una lluvia de fuego se mantuvieron en sus respectivos puestos para cuando avanzara la infantería liberal; continuándose el 25 con mayor encarnizamiento, y durante el cual D. Carlos acudió con Dorregaray á la línea de combate, resonando en medio del tronar del cañón los acordes de la marcha real y las aclamaciones no sólo de los voluntarios carlistas, sino también de soldados republicanos prisioneros de aquéllos, acabándose la jornada de dicho día, con un triunfo completo por parte de los defensores de D. Carlos.

---

## IX

### *Lacar*

Uno de los episodios más importantes de la última guerra civil, es, sin duda ninguna, la batalla de Lacar, donde al frente de sus respecti-

vos ejércitos hallábanse dos caudillos, jóvenes ambos, D. Carlos y D. Alfonso; el primero desde el monte Garinvain y el segundo desde el de Esquinza, contemplaban sus aguerridas huestes correctamente formadas en línea de batalla, ansiosas las dos de luchar con el fin de obtener ambas los laureles y la palma del triunfo, aunque las tropas liberales eran superiores en número á los carlistas.

Haciéndose necesaria una iniciativa en aquellos momentos la tomó D. Carlos, y con el valor que ha demostrado cien veces, arrostrando peligros y despreciando las fatigas, llama á Mendiry y sin hacer caso de sus observaciones, pues constantemente llegaban al Cuartel Real confidencias que presentaban poco menos que imposible la victoria, le ordena tomar la ofensiva, diciéndole que, costara lo que costara, las tropas carlistas habían de dormir aquella noche en Lacar.

Resultado de estas disposiciones fué una completa victoria, de modo que un escritor liberal al hablar de la embestida de Lacar en su *Juicio crítico de la guerra civil*, se expresa así: «El momento era solemne; el ataque vigorosísimo y arrogante. En ningún periodo de la guerra se había mostrado á mayor altura el valor, jamás hubo una expresión de la bravura más bien representada: *parecían aquellos batallones carlistas, las olas embravecidas que empu-*

*ja una tras otra del fondo de los mares, siniestra tempestad aterradora.»*

El resultado de la acometida á Lacar, por parte de los liberales, fué la destrucción de una división, la pérdida de tres cañones sistema Plasencia, cuatro cureñas, muchas municiones de cañón y de fusil, dos mil fusiles, la caja del regimiento de infantería de Asturias y viveres, además de 88 muertos, 445 heridos y contusos, 300 prisioneros y 452 extraviados, según Brea en su *Campaña del Norte* (1) y según Mendiry en su parte oficial, y Pirala (2) en su *Historia Contemporánea* 800 á 900 muertos.

Las bajas de los carlistas fueron, según partes oficiales, 30 muertos y 200 heridos.

De todos modos el efecto moral en favor de los carlistas fué grande, marchando D. Alfonso á Madrid con el pesar de no haber terminado la guerra, disponiendo de tan poderosos elementos y de tan numeroso ejército.

D. Carlos desde entonces ostentó en su pecho la Gran Cruz de S. Fernando á petición de su heróico y aguerrido ejército.

---

(1) Página 262.

(2) «Historia Contemporánea», tomo III, página 684.

X

*Mendizorrotz*

He aquí una de las batallas más sangrientas, aunque sangrientas suelen ser todas en las guerras civiles, como si el ser hermanos, al combatirse se tradujese en ferocidad y ardor.

Esta fué una de tantas á la que D. Carlos asistió, peleándose cuerpo á cuerpo, habiendo momentos en que D. Leon Trechu que defendía al frente de 40 carlistas un parapeto, agotados los cartuchos y las granadas de mano se defendió á pedradas, rechazando toda propuesta de rendición, siendo por fin al acudir allí Pérez Dávila con algunas compañías, destrozados los liberales, tanto «que (1) quedó inutilizado el primer cuerpo para operar en lo sucesivo.»

XI

*Sitios y rendiciones*

Además de las batallas que ligeramente hemos descrito, asistió también D. Carlos á los sitios de Bilbao, donde, como en la primera

---

(1) Juicio crítico sobre la guerra civil.

guerra civil, se estrelló el valor de los carlistas, Guetaria é Irún, y á la toma de Ibero, las Campanas, Viana, Portugalete, las Arenas y el Desierto, demostrando así que los entorchados de general los puede ostentar con toda justicia, pues cien veces expuso la vida, sufriendo los rigores del frío y las fatigas del calor, sopor-tando las inclemencias todas de la campaña con satisfacción y gusto.

---

## XII

### *Últimos días de la guerra*

Fáciles son los altos puestos y el mando, en las épocas de paz, ó bien cuando la fortuna no se separa un momento de las banderas del caudillo; pero, en situaciones críticas, cuando los rugidos del enemigo se oyen ya de cerca y las privaciones le rodean, teniendo que luchar no sólo con el enemigo, sino hasta con los suyos, entonces en las sendas del mando, místicas ya las flores, sólo quedan las espinas que secas por los rayos del sol de la desgracia, punzan los delicados piés de los que por ellas transitan, siendo pocos los que no marquen sus pisadas con gotas de sangre.

Enlazados ya por Vera los ejércitos de don Alfonso XII, hizose insostenible por parte de los carlistas su capital guipuzcoana, á la que entró D. Alfonso, quedando, por tanto, muy lastimada la moral de las tropas carlistas vascogadas, cundiendo en ellas las deserciones y la desconfianza, empezando á sonar las tristes voces de ¡traición! y ¡mueran los traidores!, de modo que muchos jefes abandonaron á Leiza, y ganaron la frontera.

Las privaciones y el revés de la fortuna suelen muchas veces estar reñidas con la paz y el orden, siendo, como nos lo enseña en sus instructivas páginas la historia, los precedentes de catástrofes horrorosas, que dejan grabados en el corazón de los hombres dolorosos recuerdos y episodios horripilantes que de generaciones á generaciones trasmite la tradición.

En los batallones navarros empezó también á cundir la deserción de unos á Francia, de otros á Pamplona. En camino, D. Carlos, para Roncesvalles, donde las huestes de Carlo-Magno fueran humilladas por la indomable valentía de los aguerridos vascos, vió caminar por la carretera unos cuantos oficiales á quienes habia sido imposible sujetar á sus soldados, amotinados en el citado punto. Impresionado D. Carlos, pensó enseguida en atacar con las fuerzas fieles á su causa, que le acompañaban, á los que pisoteaban sus juramentos, prostituían su honor y daban pábulo á la indisciplina.

plina; pero, por no dar lugar á aquel tristísimo y deplorable espectáculo, volvió grupas á Roncesvalles, encaminándose de nuevo á Burguete, donde llegados dichos oficiales, les pidió explicaciones, después de las cuales hizoles ir otra vez en busca de sus soldados, para sujetarlos ó morir en su puesto, quedando su honor immaculado. Allí volaron aquel grupo de oficiales, dispuestos á dejar su honra bien parada ó sacrificar su vida en aras de la disciplina y de sus juramentos, obedeciendo la voz de su Augusto Jefe.

No alojándose los batallones de Pérula en el lugar donde se les había ordenado, unos se corrían á la frontera y otros al Cuartel Real. Uno, entre ellos, de los que más glóriosamente había luchado por su Dios, por su Patria y por su Rey, era de los más desmoralizados, como lo prueba el entrar en el pueblo, dejando sin cumplir las Ordenanzas.

Manda llamar D. Carlos al Coronel y le dice:

—¿Por qué estás aquí?

—Por cumplir las órdenes del general Pérula.

—¿Cómo se encuentran tus soldados?

—Dispuestos á morir en cumplimiento de sus juramentos.

—No estoy enterado yo así, pues, según mis informes, su espíritu es detestable; tú me res-

pondes de ellos. Esta noche la pasarás confesenciando conmigo.

—¿Piensa acaso V. M. que, manchando mi limpia historia, olvidaré mis juramentos, siéndole traidor?

—No; pero, aleccionado por la historia, no quiero dejarme llevar de la confianza; llama al segundo y dale ante mí las instrucciones para mantener el orden en el batallón.

Tremenda noche aquella para D. Carlos, tristes pensamientos torturaban su imaginación, y, abrumado bajo el peso de fatales reflexiones, temía que no hubiere otro Maroto, animado de criminales intentos, que intentara hacerle sufrir la misma suerte de aquel rey francés, que en Pavía *todo lo perdió menos el honor*.

Tristemente impresionado reúne á los jefes y les habla de la siguiente manera:

«Hasta ahora, como Rey y como General vuestro, no os he informado más que de lo que creía conveniente para el servicio; hoy os debo la verdad entera, porque no se trata de pedir os sencillamente, como otras veces, el cumplimiento de vuestras obligaciones, sino un acto de heroísmo. Estamos rodeados ó á punto de serlo. Sospecho que se intente entregarnos al enemigo é imponer ó simular un vergonzoso arreglo, al cual preferiría la muerte.

»Como yo no transigiré jamás, estoy resuelto á abrirme paso hasta Francia, aunque vaya

solo. ¿Queréis que lo haga así y os abandone, para que obréis según os dicte la conciencia, ó preferís acompañarme hasta el fin? Si es esto último, no olvidéis que váis á pelear, no ya por el triunfo, no con la esperanza de recompensa de ningún género, sino para ir á perecer de hambre en el destierro, si es preciso; pero salvando yo, pura y sin mancha, nuestra bandera, para que otra vez pueda levantarla muy alta.»

Al terminar D. Carlos, respondiéronle todos, que aunque les llevase al Calvario, allí irían á morir por su Dios, por su Patria y por su Rey.

Intranquilo é impaciente de saber lo ocurrido en Roncesvalles, monta á caballo, y acompañado únicamente de un oficial de órdenes, parte para dicho punto, y al llegar á la vista del pueblo, le dice:

— Adelántate á escape y avisa á las fuerzas que el Rey llega solo, que formen.

El, en tanto, prosigue al paso hasta llegar ante la Colegiata, donde estaban los amotinados fusil al hombro. Llegar D. Carlos al galope con ademán resuelto, y gritar todos ¡viva el Rey!, fué todo á un tiempo; mas, dirigiéndose D. Carlos á ellos, les dice airadamente: «Ese grito no sale, no os püede salir del corazón. Aquellos laureles que tintos en sangre de vuestros hermanos recogisteis en Montejurra, en Somorrostro, en Abarzuza y en Lacar, han

quedado manchados, y sólo podéis borrar vuestra afrenta con vuestra propia sangre; ya se cuidará de ello el enemigo.»

Al ver D. Carlos la sumisión de los insurrectos, llama al oficial de órdenes que marche en busca de los batallones leales, entre tanto que solo paséase á caballo á lo largo de la playa, fumando silenciosamente.

Llegan los castellanos, y al saludar su jefe al Augusto Príncipe, así le habla:

—«Permitame V. M. pasar á cuchillo á esa canalla», contestándole D. Carlos negativamente, al mismo tiempo que añadía el otro, «lo merecen, Señor, y ¿qué dirán los fieles si así se perdona á los traidores?» Me han obedecido, replica D. Carlos, y me pertenecen; que formen y seguid la marcha con ellos.

Pónese en marcha la columna, siendo vitorreado el Príncipe por los sometidos, que siguiéndole al destierro, borraron de su frente la mancha que tenía que borrar su propia sangre.

---

### XIII

#### *Terminación de la guerra*

Habia ya sonado la hora de abandonar aquel heroico suelo, regado tantas veces con la sangre de mil héroes que habian sucumbido dando su alma á Dios, gloria á la Patria y su corazón al Rey. Los batallones de Martínez Campos ocupaban ya las posiciones estratégicas de la frontera franco-navarra; Loma, Quesada y otros al frente de un ejército numeroso avanzaban ya sin resistencia, al mismo tiempo que los carlistas, ansiando sellar la aguerrida campaña que habian hecho con un glorioso combate, se retiraban hacia donde tenia que comenzar su destierro, tristes y pensativos, no entonando ya animadas canciones que evocasen mil recuerdos de sus respectivos países; aquello parecia un ejército de muertos que venían de ultra-tumba para predecir á España los dias de luto y las lágrimas de sangre que les tenían que preparar más tarde en Cuba y Filipinas los vencedores del tradicionalismo.

Resuelto, no obstante, D. Carlos á combatir, confia el cargo de Jefe de Estado Mayor al insigne Lizárraga y entrega el mando de una división al Conde de Caserta; pero, aconsejado después por Lizárraga, se dirigen á la frontera.

En extremo angustiosos fueron los postrimeros días que el ejército carlista pisó el suelo patrio; en el semblante de los guerreros, dibujábase el desaliento al ver que era ya imposible seguir luchando contra el numeroso ejército (1) de D. Alfonso XII. Las diputaciones habían agotado sus recursos, casi todo el territorio que antes ocupaban los carlistas hallábase ocupado ya por los liberales y la deserción había reducido á las tropas carlistas á los batallones de Castilla, de Cantabria, de Asturias, de Cade-tes y del Centro, á los regimientos de Caballe-ria de Castilla y de Borbón, al escuadrón de Guardias, á algunas baterías de artillería y á unidades sueltas de los restantes cuerpos.

El calendario marcaba ya el 27 de Febrero, y el camino que conduce á Valcarlos desde Roncesvalles serpenteando entre las escarpadas montañas de los Pirineos, asemejaba á una serpiente de acero; eran los restos de aquel bravo ejército que cien veces se batió briosa-mente en Somorrostro y Abarzuza, Lumbier y Mendizorrotz.

En la mañana del citado día, llegó á Valcar-los el Augusto Príncipe y su jefe de Estado Mayor general D. Antonio Lizágarra, acompa-ñado de sus ayudantes D. Gerardo Martínez de Velasco y D. León Martínez Fortuny, con el

---

(1) Según Pirala en su «Historia Contemporánea» sumaba 14.026 Generales, Jefes y oficiales; 304.937 soldados; 18.444 caballos y 288 piezas de artillería. Tomo III, pág. 802.

brigadier D. José Ferrón y su escuadrón de Guardias y con los batallones del 2.<sup>o</sup> de Castilla y de Cadetes. Más tarde llegaron á menos de un kilómetro de la pintoresca villa la división de Castilla, la brigada de Cantabria, los batallones de Asturias, el 1.<sup>o</sup> de Valencia y el regimiento caballería de Borbón. Dichas tropas iban mandadas por D. Alfonso de Borbón, Conde de Caserta, y por su jefe de Estado Mayor el brigadier de artillería D. Antonio Brea, precedidos y seguidos por multitud de oficiales superiores. Allí esperaban órdenes del Cuartel de D. Carlos.

El sol había ocultado sus rayos, como para demostrar que se entristecía de tanta adversidad, y el cielo vistiéndose también de luto amenazaba con séria borrasca. No obstante, decíase que D. Carlos tenía que arengar á sus leales.

No tardó mucho en oírse el clarín de la vanguardia, al mismo tiempo que divisábase el arribo de D. Carlos al frente de un brillante y lucido Estado Mayor, por tortuosa vereda desde el pueblo á la eminencia.

Formadas las tropas en masas de tres frentes, avanzó majestuoso, decidido, sereno y arrogante el Augusto Príncipe á quien meses antes aclamaban más de cien mil hombres y nutrida artillería saludaba con sus disparos. En aquellos momentos no se sonreía como en los prósperos días de Montejurra y Lacar, pero en cada una de sus miradas se encerraba el canto de

un poema escrito con las espadas tintas en sangre de navarros, vascos, cántabros, valencianos, catalanes y castellanos.

- Acababan de escucharse los acordes de la Marcha Real, cuando un entusiasta ¡viva el Rey! resuena en aquellos montes, que repiten los valles como repetían meses antes el estampido del cañón carlista vomitando fuego contra los liberales. Entonces habló D. Carlos (aquellos miles de hombres enmudecieron, escuchando religiosamente), y con voz entera y energía conmovedora les recuerda las pasadas glorias, diciéndoles también, que á una transacción vergonzosa, que mancillara su honor, era mil veces preferible el destierro con toda suerte de privaciones y penalidades. No fué largo su razonamiento, pero sí conmovedor, impresionando profundamente el ánimo de los que habían tenido la gloria de acompañarle hasta las puertas del destierro, rindiendo así el postrer tributo al que habían ofrecido su sangre.

Aquella fe que en los primeros días de lucha había multiplicado las huestes carlistas, heredada de los Pelayos, Fernandos y Jaimes, no se había extinguido en aquellos corazones decididos á continuar la guerra, aunque á costa de grandes sacrificios; si vitoreaban al Principe no lo hacían por rutina, sino que de muy buen gusto y con firme resolución habrían hecho frente al ejército liberal; para unos era

la postrera vez que le contemplaban, para otros tenían que venir días en que no se había de tener la espada envainada, sino que la pluma tendría que suplir el fusil, la prensa y la tribuna el campo de batalla; para ambos grande era la pena, así lo indicaban las lágrimas que humedecían las mejillas de aquellos héroes, curtidadas éstas por el humo de la pólvora.

Concluido el breve, pero acertado razonamiento del egregio Príncipe, descendió éste, acompañado de los demás ginetes, por aquellas escabrosidades, en demanda de albergue contra la borrasca que se avecinaba, al mismo tiempo que los batallones acamparon en sus posiciones en medio de la chispa del rayo, el estampido del trueno que retumbaba en aquellos contornos y la torrencial aunque pasajera lluvia, disponiéndose á pasar con el mayor orden la última noche en el territorio español. Calmó la tormenta y aún los postreros rayos del sol se pudieron despedir en suelo hispano de aquel bravo pero infortunado ejército.

El brigadier jefe de Estado Mayor D. Antonio Brea y el comandante general de Castilla, bajaron aquella noche al pueblo á recibir órdenes para el día siguiente, marchando el teniente coronel Berenguer con el 5.º batallón de Castilla á ocupar un puente, al otro lado de Valcarlos, camino de la frontera.

En el alojamiento de D. Carlos hubo aquella noche consejo de generales, acordándose que

al toque de diana, formaran á ambos lados de la carretera que, desde Valcarlos conduce á Francia, todos los batallones, seguidos de los regimientos de caballería de Borbón y de Castilla.

El general jefe de Estado Mayor, D. Antonio Lizárraga, habia ya pedido hospitalidad á la nación francesa en la comunicación siguiente:

«Valcarlos 27 de Febrero de 1876.

Al general de la división de Bayona.

Vencido por la fortuna adversa, S. M. el Rey Carlos VII, mi Augusto Amo, ha resuelto no prolongar más una lucha que haría padecer á España sin provecho para su causa, y pide á Francia su generosa hospitalidad; de orden de S. M. tengo el honor de informaros que el Rey, escoltado por algunas tropas leales, atravesará la frontera por el puente de Arnegui, mañana á las nueve de la mañana.

Recibid, Sr. General, la seguridad de mi alta consideración.

El general jefe de Estado Mayor General, Antonio Lizárraga.»

Amaneció el 28 de Febrero, quizá el más triste para D. Carlos: era el último que pisaba su idolatrada España, á la que por salvar daría gustoso, no su propia sangre, sino la de su mujer é hijos. Á la hora fijada, salió el Augusto Príncipe de su alojamiento á poco de haber formado las tropas en la carretera. Constaban estas de seis batallones castellanos, dos cánta-

bros, uno de Asturias y tres de Valencia; de los Cadetes guías del Rey, Escuadrón de Guardias á Caballo, el Húsares de Arlabán, la caballería de Castilla, el regimiento de Borbón y algunas baterías Plasencia y Witwor.

Á los acordes de la Marcha Real y á los ensordecedores gritos de ¡viva el Rey!, atravesó D. Carlos las filas de sus soldados, seguido de su Estado Mayor, con semblante sereno y triste, pero resignado á la suerte que Dios le deparase. ¡Tristes momentos aquellos en que por última vez contemplaba las aclamaciones de aquellos héroes que por él desinteresadamente se habían batido en cien combates! ¿Qué sentiría en aquel momento? Las lágrimas de gratitud caerían de sus ojos sobre su corazón al verse en medio de la desdicha agasajado por aquellos valientes voluntarios. Aunque, no obstante, le quedaba otra pena, la mayor sin duda, que le atormentaba: era el último paso de aquel drama que admirada contempló la Europa toda.

Pisa ya aquel puente de Arnegui, lleno de recuerdos para los Tradicionalistas, el cual le separa de España, á la que, dirigiendo la vista, por postrera vez vitorea, al mismo tiempo que las tropas francesas rinden los honores debidos á la Majestad.

D. Carlos contempló finalmente el desfile de sus voluntarios; conmoviéndose ante tal espectáculo verdaderamente imponente, los jefes y oficiales franceses. Los oficiales carlistas rom-

pían sus espadas, ya que no era imposible esgrimirlas contra las tropas liberales; los soldados tiraban ó hacían trozos sus fusiles, besando muchos la mano de D. Carlos, y arrancándole otros girones de su faja. En edad temprana había comenzado á caminar el Augusto Señor por el camino del Calvario.

—¡Volveré, volveré!—les decía profundamente conmovido D. Carlos.

Emocionado el Sub-Prefecto, le rogó que subiera al coche, partiendo al momento seguido de su Estado Mayor.

Puédese decir que las tropas que escoltaron á D. Carlos y los restos de la división navarra que había entrado en la noche anterior con muchos jefes y oficiales guipuzcoanos y vizcaínos, llegaban á 10.000 voluntarios, acompañándole también al destierro el Estandarte Real y las banderas de los batallones presentes.

En aquellos héroes que tan bizarramente se habían portado defendiendo la causa tres veces santa del Tradicionalismo, existía en medio de la amargura que atormentaba su corazón una esperanza propia de los que con profunda convicción defienden una idea: era aquella esperanza la de salvar á España arrebatándola de las garras del liberalismo. ¡Volveremos!, decían con D. Carlos, anegando sus ojos en sus propias lágrimas. Efectivamente, los desastres que por culpa de los liberales hemos sufrido para vergüenza nuestra en aguas de

Cavite y Santiago de Cuba, el estado de nuestra hacienda arruinada y la pérdida de nuestro crédito han engendrado un malestar general en todas las esferas sociales, que parece que, en medio de espantosas convulsiones, España va á lanzar sus postreros suspiros; haciéndose necesario, como en el imperio romano, la aparición de un nuevo Teodorio que vuelva á regenerar nuestra Patria querida, expulsando á los modernos Atilas, que donde ponen las plantas sus caballos no vuelven á crecer las hierbas, y los cuales, con sus desaciertos, han cavado y siguen cavando la fosa á España, trocando de este modo el papel de gobernantes por el de sepultureros.

---

#### XIV

##### *Entusiasmo de D. Carlos por el ejército*

Siempre ha sentido D. Carlos latir su corazón por el ejército, pues su inclinación á las armas y su instinto militar, se manifestaron en él en la edad temprana, reconociéndolo así el inmortal Pío IX, que en una comida en Bolonia (1857), le obsequió con un helado en forma de yelmo y espada.

Tal es su entusiasmo, que ha dicho: «Daría la mitad de mi vida por pasar una revista al ejército español. Se ha pronunciado más de una vez y es cosa triste, pero se ha pronunciado porque no tenía rey. El soldado español es el más sufrido y valiente del mundo.» En otra ocasión, el 2 de Mayo de 1872, dirigiéndose á los soldados, exclamaba: «Siempre seréis mis hijos predilectos y por eso os llamo como amigos para devolveros vuestras glorias marchitas, vuestras merecidas recompensas: para salvar á la Patria con vosotros, honrándoos como los mejores y honrándome en compartir vuestras fatigas, rey y soldado, enorgulleciéndome de vestir siempre vuestro uniforme.»

Á propósito de este entusiasmo de D. Carlos por el ejército español, refirió un periódico de la India Inglesa el suceso siguiente, presenciado por el que lo escribe:

«Acompañaba yo á D. Carlos á visitar las obras del puerto, cuando se cruzó con nosotros un grupo de militares, con uniforme para mí desconocido. Á mi vista noté transfigurado el rostro de D. Carlos. Centellearon de entusiasmo sus ojos; irguióse más que de costumbre su estatura, y su aspecto entero demostraba tal complacencia, que parecía otro hombre distinto del que hablaba conmigo hacía dos minutos. Separóse de mí para dirigirles la palabra, y mientras conversaba con ellos, con ademanes rebosando efusión, parecía rejuvene-

cido. Despidiéronse con muestras de la mayor cordialidad, y al reunirse nuevamente conmigo, me dijo:

—«Son oficiales españoles que vuelven de Filipinas en un buque de la trasatlántica, y les he dicho por toda presentación que soy compatriota suyo. No puede usted imaginarse la emoción y el gusto que me produce ver nuestro uniforme al cabo de tantos años de destierro.

—»Pero ¿no son enemigos suyos?—le pregunté asombrado.

—»¡Enemigos míos los soldados españoles!—replicó con tuego.—¡Jamás! No los he mirado como tales, ni siquiera cuando me combatían. Aun entonces eran á mis ojos compañeros extraviados, y al deplorar este extravío, admiraba su valor como lo admiraban mis heroicos voluntarios, jueces como nadie en bravura. Algún día comprenderán ellos mismos, cuán sagrado es para mí el honor de la Bandera amarilla y roja, cuando me he decidido al sacrificio de hacer fuego contra ellos.

»Sorprendióme aquel lenguaje, que entonces me pareció incomprensible, y que muchas veces he recordado. Ahora principio á comprenderlo, y lo cito porque explicar podría muchas cosas que estamos á punto de ver en España.»

Aunque los soldados del campo liberal no obedecieron en su inmensa mayoría á su llamamiento, conserva los mismos sentimientos, pues

en una carta al Sr. Marqués de Cerralbo, se expresa así:

«Yo que me he honrado vistiendo vuestro glorioso uniforme, que no hubiera abandonado nunca si hubiésemos vencido; yo que en lo más recio de la campaña admiraba el valor de los mismos que nos hacían fuego, pensando con orgullo que eran también españoles; yo que halagaba la esperanza de que algún día todos nos confundiéramos bajo la misma enseña amarilla y roja, y que si D. Carlos de Borbón sería entonces, como será mientras viva, el amigo de sus amigos y compañero de sus compañeros de armas, á los ojos del Rey, no habría otra recomendación que el mérito individual, ni título más sagrado que el cumplimiento del deber, siéntome poseído de íntima satisfacción por todos los actos que honran al Ejército de la Patria.»

Y no es solamente teórico ese entusiasmo, sino que prácticamente lo demostró en 1893, al abrirse una suscripción para costear una corona fúnebre dedicada á la inolvidable y bondadosa D.<sup>na</sup> Margarita de Borbón, pues una vez cerrada aquella, el ilustre Marqués de Castrillo escribió á D. Carlos, quien por telégrafo le contestó: «Agradezco tu carta, y en su vista resuelvo llevéis los fondos recaudados á los hospitales de sangre de Melilla, con lo cual continuarás la hermosa obra de la caridad, fundada por la pobre Margarita y á la que tan-

tos consuelos debieron millares de heridos españoles, sin distinción de partidos políticos.—

CARLOS »

---

XV

*Generosidad y clemencia de D. Carlos  
en la guerra*

Nunca se inspiró D. Carlos en los procedimientos del terror, sino que despreciando la venganza, indigna de corazones nobles y generosos, procuró dulcificar todo lo más posible que pudo, aquella lucha entre unos mismos hermanos. Repetidas veces se expresó en estos ó parecidos términos: «En un pueblo hidalgo como el nuestro hay una cosa que impone más que el terror, y es la generosidad. Nuestros enemigos son españoles como nosotros, y no creo, no quiero y no puedo creer que nos combatan, más que por estar engañados; si nos conocieran, se unirían á nosotros; démonos á conocer tales como somos.» En prueba de lo que decimos, citaremos algunos casos, seguros de no molestar la atención del lector.

Al entrar en España por Zugarramurdi, su primer acto fué poner en libertad, sin ninguna clase de condiciones, á un considerable número de prisioneros que estaban custodiados por las fuerzas de Lizárraga, queriendo que en el día que él experimentaba una de sus mayores alegrías, se alegraran no sólo sus amigos, sino también aquellos enemigos suyos á quien la ciega suerte de las armas habia hecho esclavos.

Rendido Portugalete, el jefe de la guarnición, Sr. Quijada, fué enviado á Madrid libre, bajo palabra de honor, para tratar del canje, y antes de partir fué convidado por D. Carlos á almorzar con él, quien al despedirse le dijo: «complázcome en estrechar la mano de un valiente; privilegio es éste de que gozo todos los días, hallándome como me hallo en medio de un ejército de titánica y proverbial bravura.»

Terminado el almuerzo, durante el que conversaron amigablemente el Sr. Quijada y el Augusto Príncipe, pasaron al salón á tomar café, diciéndole D. Carlos:

—«He mandado retirar la bandera de tu batallón que tenia aquí, porque no te molestara verla, creyendo que era un alarde y que la guardaba como un trofeo, cuando para mí no puede ser botín de guerra un estandarte que lleva mis armas y que tengo intención de devolver en Madrid al batallón de Segorbe, reorganizado en testimonio de su gloriosa defensa

de Portugalete; de manera que no soy más que depositario.»

D. Carlos despidió después al Sr. Quijada con estas palabras:

—«Adiós: y que pronto nos veamos en Madrid con un ejército tan disciplinado como los dos deseamos.»

---

## XVI

### *D. Carlos en la guerra turco-rusa*

Declarada la guerra entre el imperio de los Czares y el de los Sultanes en 1878, D. Carlos de Borbón, habituado á la vida de campamento y aficionado al fragor de las batallas, corrió en compañía de los Sres. Marqués de Tamarit y Boet como ayudantes al teatro de la guerra, marchando á encontrar al Czar Alejandro III en Ploesti, á quien pidió permiso para seguir á caballo las operaciones de su ejército. El Czar, después de abrazar al Príncipe, le concedió lo que solicitaba.

El Sr. Duque de Madrid, sin más uniforme que un dormán azul oscuro, un pantalón del mismo color y un kepis y con un látigo por

armas, contempló las principales operaciones de aquella lucha. Tanto por parte de Alejandro III como por la de los príncipes y generales allí presentes, fué distinguido con las más corteses atenciones, llamándole los soldados el Rey Carlos de España.

Asistió en Braila al paso del Danubio por el 13.<sup>o</sup> cuerpo de Ejército ruso, trasladándose de allí al Cuartel general de Zimnibza para presenciar el paso del 9.<sup>o</sup> cuerpo, que comandaba el general Krudener, encontrándose después en la toma de Nicópolis.

Tomó parte en los primeros ataques á Plewna, donde los rusos fueron rechazados en grande escala, combatiendo D. Carlos con un látigo unido al 34.<sup>o</sup> regimiento de cosacos y durante la retirada de una brigada del 9.<sup>o</sup> cuerpo, rehusando un sable que los soldados le ofrecían.

Concurrió también á las dos batallas que siguieron á la de Plewna, siendo recompensado con la medalla al honor militar de Rumania.

En el asalto de Grivotja distinguióse el señor Marqués de Tamarit, su ayudante, siendo recompensado con una mención honrosa en la orden del día.

Camino de Tirnove, después de la segunda batalla de Plewna, el duque de Madrid encontró en Gósvo-Studen al Gran Duque Nicolás, que se dirigía á Plewna. Un joven coronel ayudante del Gran Duque preguntó á D. Carlos qué fuerza creía necesaria para apoderarse

de la población, quien le contestó que cien mil hombres no se podía tomar la plaza. El coronel le respondió que 30.000 la rendirían. Semanas después 80.000 rusos eran rechazados con grandes pérdidas.

---

## XVII

### *Cuatro palabras más*

Si ostentó D. Carlos los enterchados de general, no fué en los vastos salones de su palacio, sino que exponiendo su vida en Montejurra, Somorrostro, Lacar, Mendizorrotz, etc., al frente de su ejército á pié y á caballo, sufriendo las mismas fatigas que el último soldado de sus intrépidos batallones; los pudo aceptar, pues eran ganados justamente: así es que después de la batalla de Lacar, donde las armas carlistas se cubrieron de gloria, D. Carlos ostentó en su pecho la Gran Cruz de San Fernando á petición de los generales, jefes, oficiales y voluntarios del bizarro y entusiasta ejército del Norte.

Su pasión y entusiasmo por las armas han influido siempre en dar su preferencia á los es-

tudios militares, que ampliados convenientemente más tarde hallaron en los campamentos del Norte rudo teatro donde pudo ponerlos en práctica: de modo que unido á sus largos viajes, han contribuído á su vasta erudición é indiscutible competencia en el difícil y complicado arte de la guerra.

Refiriéndose á su ardor y entusiasmo de soldado, dice el insigne Aparisi:

«Pero cuando se le ataja en su entusiasmo y se le advierte que no se trata de morir, ni de ser capitán insigne, sino de asegurar con el favor de Dios y el amor de los pueblos el triunfo de la causa y salvar á España y ser su Rey, párase entonces á reflexionar y mengua el hervor y la calma prevalece, y habla, por fin, no como aspirante á héroe, sino como hombre de gobierno.»

## CAPÍTULO TERCERO

---

### D. CARLOS CONSIDERADO COMO POLÍTICO

---

#### I

#### *El hombre*

Atento siempre al bien de la patria más que á sus propios intereses, levantó la D. Carlos bandera tradicionalista manteniéndola siempre inmaculada y libre de todas las afeminaciones del corruptor liberalismo. Sus actos políticos siempre se han inspirado en el patriotismo más acendrado, teniendo constantemente fijos sus ojos en la playa que se divisa, en el rayo del sol que se ve en lontananza, en el término de la noche de los tremendos sufrimientos que atormentan á España.

Vamos, pues, aunque de un modo ligero, á estudiarlo como político.

Concedamos la palabra en primer término al *Imparcial* (1):

---

(1) *El Imparcial*, número del 27 de Octubre de 1875.

«Aun no se había verificado la revolución de Septiembre, y hallábase el partido carlista dispuesto á la lucha; aun no se había verificado la revolución de Septiembre y hallábase el partido carlista con una base de organización, un gran número de afiliados en relaciones constantes y regulares con el pretendiente, un plan económico para subvenir á las necesidades de la contienda, un jefe aclamado por sus parciales y una bandera que oponer á la bandera de la libertad.»

El partido carlista se preparaba y no se entretenía en discutir como los conejos de la fábula si eran galgos ó podencos, fusil al hombro y cartucho al cañón le despertaron los gritos de la revolución que juntamente con el estruendo de las armas en Alcolea pusieron fin al reinado de D.<sup>a</sup> Isabel II.

¡Ay, si los gobiernos liberales hubiesen sido previsores! ¡Ay, si en vez de engolfarse los padres de la patria en discusiones estériles hubieran empleado el tiempo en estudiar la enfermedad de la esquilmada España, y, médicos de ella, la hubiesen aplicado los remedios de que se hallaba necesitada! De este modo se hubieran evitado esas catástrofes á las que, después de derrochar el dinero miserablemente, sacrificar la juventud entregándola en brazos de un clima mortífero peor aun que las balas de los yankees, filipinos y cubanos, y pisotear la bandera que nos legaron nuestros antepasados, ha

sucedido forzosamente la amputación y nos hemos quedado sin un cuarto en las arcas del tesoro, empeñados y arruinados, sin jóvenes nervio de la sociedad y esperanza de la patria, sin esos florones con que Colón y Magallanes adornaron la corona de los reyes españoles, y lo que es peor sin honra, que lo mismo se salva venciendo que muriendo como lo comprendieron los héroes de Numancia y de Sagunto, los valientes de Zaragoza y de Gerona. Todo se ha perdido, incluso el honor.

«Es de notar,—dice un autor (1),—el instinto así como profético, el atinado juicio y el criterio clarividente con que el Duque de Madrid se ha anticipado á todos los conflictos nacionales, indicado y propuesto, adelantándose á los sucesos, soluciones que, aunque tarde, aceptaron sus enemigos obligados por las exigencias de los tiempos, é impuesto sus opiniones por la fuerza de la verdad y la conformidad de sus apreciaciones con la opinión sana del país á tal punto, que puede decirse de él ha sido durante nuestras guerras coloniales el director de la política española, aunque desnaturalizada por las preocupaciones inveteradas, resabios sectarios, cobardía invencible y falta de fe de Gobiernos ineptos, ciegos ó mal intencionados.

---

(1) M. C. y S.

»La historia contemporánea así lo comprueba y evidencia.

»En 1868 escribía en carta dirigida al general Lersundi:

«En medio de los acontecimientos que se desarrollan en España, sólo un temor me aflige: la pérdida de las Antillas.

»Cada revolución iniciada á principio de este siglo en la Península, se ha pagado con la pérdida de alguna parte de nuestras posesiones de América.

»Yo creo que es más conveniente que ese país tenga más autonomía en la localidad que representación en las Cortes españolas.»

«Es mi voluntad, decía en otra comunicación al mismo general, que ese virreinato tenga una autonomía propia para su administración económica.

»Lo es también que el día en que me siente en el trono de mis mayores no haya esclavos de derecho en las posesiones españolas.»

»Algunos años más tarde las Cortes de la Revolución abolían la esclavitud, baldón de ignominia para España; pero en forma y condiciones que no satisfizo ni á los partidarios ni á los adversarios de la reforma.

»La autonomía acaba de darse; pero pasando por la vergüenza de otorgarla ante exigencias extranjeras con el carácter de concesión á los insurrectos y deshonrosa para la patria.

»Esta funestísima autonomía condenada por el elemento genuinamente español, rechazada por los insurrectos, torpemente imitada de una legislación extranjera y atentatoria á la soberanía de España, es además una iniquidad y una angustia porque concede mayores derechos á los súbditos más ó menos rebeldes de una colonia, que los otorgados por la funesta constitución vigente en España á los súbditos españoles en la madre patria, aunque sólo existen en la letra muerta de la ley, y porque han venido á proclamarla los mismos gobiernos que arrebataron á las honradas y leales Provincias Vascas fueros y privilegios, institución veneranda consagrada por los siglos y admirada y envidiada por los más insignes estadistas de Europa.

»D. Carlos de Borbón sostiene como fundamentos esenciales de su programa la unidad católica y la monarquía, y estos dos principios, aunque desfigurados y desvirtuados en su esencia, han sido y son sostenidos por la Revolución doctrinaria imperante.

»D. Carlos de Borbón declaró que la autonomía no era la paz contra la afirmación opuesta por cuantos la ofrecían como única solución á la guerra de Cuba, y, en efecto, la autonomía no ha traído la paz.

»D. Carlos de Borbón anunció como inevitable la guerra con los Estados Unidos, en la que no creían nuestros flamantes estadis-

tas, y la guerra estalló al fin con todos los horrores.»

De lamentar, ha dicho D. Carlos, es ese aislamiento en que vivimos ante los gravísimos problemas de dominación que agitan la Europa. Y las alianzas se imponen hoy, ha dicho también Mauricio Bloch, y sin embargo nuestros flamantes estadistas duermen en paz á la sombra de ese aislamiento, y cuando la tempestad ruje y el abismo abre sus fauces para tragarnos, no hay una mano cariñosa que nos tienda siquiera una cuerda para salvarnos de la tormenta.

No son hoy, es verdad, aquellas alianzas que impulsadas por unos mismos sentimientos é identificadas por unas mismas aspiraciones, realizaban en los siglos de la Edad Media los pueblos cristianos para arrebatarse del poder de los turcos los Santos Lugares de Jerusalén; pero son, sí, las alianzas de los intereses materiales, de los que no se pueden apartar los pueblos sin mengua de sus intereses y de su poderío.

D. Carlos es partidario de la alianza franco-rusa, porque ella responde ante todo á los intereses de España, pues como decía el elocuente orador Sr. Mella en uno de sus valientes discursos: «es Francia nuestra vecina y aliada natural, no sólo por la contigüidad del territorio sino por los mismos lazos etnográficos», y más abajo añadía; «es precisamente la Poten-

cia, que donde quiera que la bandera española se levanta, se encuentra siempre con la suya; la que por homogeneidad de intereses, por tantos y tan íntimos lazos morales, está unida con nosotros; es la llamada á ser nuestra aliada en todas las crisis de la vida nacional.»

Desde el año 1868 en que los tradicionalistas reconocieron á D. Carlos por jefe, ha demostrado un gran acierto y fortuna en la dirección de la comunión católica monárquica.

Los esfuerzos continuos para reorganizar á sus leales, el claro y definido estudio de su credo político, la valentía con que ha sostenido sus derechos, los ejemplos de valor y abnegación en el campo de batalla, la perseverancia con que ha seguido el camino que á su entender conduce á la salvación de la Patria sin interceptar ese sendero derrotas, sinsabores y miserias, la resolución de evitar alzamientos prematuros ó en circunstancias difíciles y perjudiciales para su causa ó peligrosas para los intereses de la nación, han sido la norma de su conducta demostrando que todo lo sacrificaba por España y para España y dando pruebas de un gran patriotismo, de entendido general y soldado y de verdadero político.

---

II

*La Bandera*

Dios, Patria y Rey, escribieron en ella nuestros padres (1), y apesar de las oleadas de la revolución y de los contratiempos que ha tenido, ha ondeado siempre immaculada encima de miles de corazones, que alegres ó atribulados, se han levantado gritando también á una: Dios, Patria y Rey. Unos ignoran los salvadores principios en ella escritos, siendo tal vez debido á la frivolidad y ligereza, vicio dominante en este siglo mal llamado de las luces; otros los exponen falsamente sin saberlo, incurriendo por tanto en grandísimos errores; para ambos los daremos á conocer como son, en su esencia y en sus aplicaciones, consignando íntegras las conferencias en el Loredán en 1897.

---

(1) Alocución de Vera.

# Conferencias en el Loredan

---

## ACTA POLÍTICA

---

### *La situación de España*

Terminaba el año 1896, época triste para España, porque, mal comprendida y peor gobernada, gastaba sus portentosas energías é iba consumiendo sus generosos recursos, á semejanza del torrente que, despeñándose sobre roca de basalto, extiende después las ondas por cauce de arena, que filtra el caudal de sus aguas, como antes se precipitaron infructuosas desde la altura, para ni socabar siquiera el lecho de la cascada.

Con la amargura en el corazón, con una tormenta en el pensamiento, con un tropel de decepciones ante la práctica oficial y un grito de protesta en el ánimo, vivía el carlismo sin entregarse al desconsuelo, porque siempre la fe alumbra nuestras almas; porque ante nuestros ojos desfila de continuo la incomparable epopeya de nuestra historia; porque conocemos

hasta la admiración y amamos hasta el delirio al pueblo español, invencible en su acometida, infranqueable en su resistencia, pródigo de sus tesoros, que así por emblema del voto nacional ha pintado en sus banderas la franja de oro con que brinda las riquezas de su trabajo entre dos bandas de sangre, con que regó el mundo en servicio de la fe y en gloria y defensa de la Patria.

Por grandes que son nuestras presentes desdichas, por grandes que son los desaciertos oficiales, ni hemos dudado del triunfo español, ni agobiados, como antes afirmo, por los desastres y las amarguras, nos rendimos al desaliento; que por testigo sublime de la esperanza, saludamos y vemos al incomparable ejército luchando heróico y venciendo siempre en las islas Filipinas y en las maniguas de Cuba, contra nuestros enemigos de todas las razas, que no pudiendo oponernos ni razón que les apoye, ni heroísmo que les sostenga, acuden de las traiciones propias á las perfidias extranjeras, y hasta fian el éxito á la suprema traición del clima.

### *El Hombre y la Bandera*

Considerando el carlismo todo esto, contempla la desdichadísima y amenazadora situación por que atraviesa la patria, viendo que los go-

biernos liberales se han colocado desafortunadamente entre las energías del pueblo español y sus sentimientos, separándolos, haciendo que marchen paralelas estas dos acciones, de modo que resulten estériles por no coincidir jamás. El carlismo, siguiendo por esas líneas, ha llegado hasta Venecia, para desde aquí manifestar á España cómo aquellas dos paralelas no pueden conjuntarse, sino en los brazos abiertos con que espera, para abrazar á la Patria, la Augusta figura de D. Carlos. En él se personifica la tradición española; en él hay una cabeza agitada por todas las grandezas de nuestra historia y todos los ideales que inspiraron las Leyes de Indias y el testamento de Isabel la Católica; en él hay un corazón regido por la justicia, inspirado por la caridad y encendido por el amor á España; en él hay un brazo que se extiende para castigar al culpable, para reprimir al fuerte, para premiar al honrado y para proteger al débil; en él hay un alma regulada y sostenida por la santa fe católica, que legitima la tradición y produce ese sentimiento de libertad y democracia cristianas tan genuinamente españolas; en él se reúnen la experiencia de los años y de los hombres, con el superior magisterio de la desgracia; en él hay la reflexión comparativa de todas las políticas y de todos los gobiernos del mundo, que proporciona el estudio meditado y el viaje atento por toda la tierra; en él arden el patriotismo y

el amor á la gloria, y en él se han manifestado la energía, el tacto y el valor para ponerse al frente del ejército y conducirlo á la victoria, compartiendo sus penalidades y sus ardimientos, para que con sus iniciativas torne á ser la Nación española grande, respetada y feliz. Vinimos á Venecia, no á confortar nuestras creencias tan profundamente arraigadas por la convicción, pero sí á consolarnos ante el espectáculo de la esperanza, cuando la patria la busca y la necesita.

Es demasiado triste y grave y angustiosa la situación porque atraviesa España; es demasiado universal la atención con que desde todas partes se nos mira, para en documento solemne descender á contiendas bizantinas sobre faltas y torpezas de los Gobiernos liberales, que los hechos ponen tan de resalte, haciéndose innecesarias. No nos sorprenda en ellas un nuevo Mahomet II. Hay que pensar como en Alarcos, para conducirse como en Muradal; no recordemos lo que fué malo, sino para huir de ello y alzar un glorioso porvenir sobre el pedestal de la experiencia.

Y si no discuto la gestión de los Gobiernos, ¿á qué discutir sobre el sistema liberal, ni sobre el parlamentarismo, cuando ya no hay ni español que le considere, ni que le defienda, ni aún quien le siga, ni menos á quien le entusiasme por acto de la convicción?

El extranjero parlamentarismo, nacido de una rebelión, sucumbe entre el revolucionario clamoreo de los filibusteros y las traiciones de todos los Opas políticos, y muere providencialmente al golpe del puñal que él había inventado en el seno tenebroso de las logias.

Pero si el sistema liberal y parlamentario muere, la Nación renacerá grandiosa, cuando regida por la constitución interna que para ella ordenaron los siglos, sean la fe, la ley y la monarquía tradicionales, el alma, el cuerpo y la acción del pueblo español.

Con estos impulsos, con estas convicciones y con estas esperanzas, vinieron conmigo á Venecia los diputados Sres. Sanz, Vázquez de Mella, marqués de Tamarit y Polo y Peyrolón, representando á nuestros demás compañeros y á toda la comunión carlista, y con el encargo de repetir el voto solemne de nuestra inalterable lealtad al Sr. Duque de Madrid, que reinando sobre nuestros corazones, nos gobierna con una política genuinamente española.

Y aquí, en el palacio Loredán, con la asistencia del Secretario y gentil hombre Sr. Melgar, y del general Sacanell, ayudante de Campo, expusimos nuestros trabajos y nuestros propósitos, y afirmamos nuestras esperanzas; y celebrando muchas y continuadas conferencias, hemos vivido varias semanas en comunicación de pensamientos con nuestro Augusto Jefe, empezando y concluyendo por arrodillar-

nos ante el altar en donde se veneran, entre las imágenes de Santiago y de San Fernando, las sagradas representaciones de la Cruz de Recaredo y del bendito pilar de Zaragoza; todo cobijado y defendido por el pabellón grandioso de la triunfadora bandera de la Patria.

Aquí no ha habido más que un sentimiento, el de amor á todos los españoles; un deseo, el de acertar; un propósito, el de servir bien; una preocupación, la felicidad de España; una ley, la moralidad y la justicia; una actitud, la energía; una expresión, la verdad; un procedimiento, la abnegación; un ideal, las tradiciones y un acatamiento absoluto á Dios. Todas estas conferencias se dividen en dos partes, importantísimas ambas, pues que constituyen, una el pensamiento y otra la acción. La primera, como reviste un carácter general, puede hacerse pública; la otra, que se refiere á la particularidad de nuestra agrupación política, debe quedar en el carlismo, y pues que de tantas partes nos piden que digamos lo que se pueda, yo, representando á todos los conferenciantes y compañeros, hablo hoy, y pido á los carlistas que respondan y correspondan á todo aquello que callo, con su admirable lealtad, y en donde empiece el silencio redoblen la confianza.

Sábese por experiencia que los carlistas ni usamos del artificio de las palabras, ni ponemos las promesas como cebo para el engaño, sino como prólogo de las obras, ni buscamos

al pueblo para alzarnos sobre sus hombros, sino para abrazarle como á hermano predilecto, al que se educa por el amor, se le defiende por la justicia, se le escuda con nuestros pechos y se le ampara por el Rey, más como padre que como soberano.

Que hoy en España vivimos en la desgracia, en la incertidumbre, en la pobreza y en el desorden, es por todos reconocido; que para sobreponerse á tan inusitada desventura se precisan un hombre y una bandera no hay quien lo dude, ni nadie que deje de proclamarlo, poniendo el deseo á continuación de la urgencia y á seguida de la necesidad. Pues bien; ese hombre y esa bandera, existen en España; ese hombre es Carlos VII, y esa bandera la tradición española. Seguros de ello siempre nos hemos corroborado en tal convicción por las conferencias políticas que reseño. Si no tienen novedad sustancial, porque las invenciones son imposibles en la esencia de las doctrinas, bastarán de seguro para cumplir la patriótica misión de decir á España, que gime bajo el despotismo, la inmoralidad y la miseria, los medios que tiene para salvarse; y cuando todo el mundo abomina de los gobiernos parlamentarios, y al darlos por muertos pide una salvadora sustitución y la busca sin encontrarla, preciso es mostrarle la única, la genuinamente española, diciéndole: Aquí tienes el Hombre y aquí tienes la Bandera.

Esclavizada y ofendida la Iglesia por la doble blasfemia de las acciones y de las palabras: abatida y desconsiderada la monarquía por reducirse á permanente minoridad sin iniciativas propias, que son los lazos que deben unirla con el pueblo; sometida la Nación á la servidumbre de una centralización absorbente, con que se afirma el absolutismo de los gobiernos, y se mantienen los caciquismos locales con todo su natural cortejo de inmoralidades; y convertidos los municipios y las provincias y los parlamentos en simples ruedas de la máquina ministerial, sin otro impulso, sin otro empleo, sin otra tendencia que los de sostener un poder, que es la reducida expresión de las aspiraciones de un partido, y en el cual no se atiende á la administración del Estado, sino como á un agente de bastarda política; dislocada así la Nación en todos sus fundamentos, no hay otro recurso para reconstituirlos y consolidarlos, sino volver resueltamente á tradiciones nacionales, bien depuradas por la experiencia de los siglos.

## *Las tradiciones fundamentales*

---

### *La Unidad Católica*

Las tradiciones venerandas, que constituyen la Patria, porque son la expresión de la vida nacional organizada por los siglos, se resumen en estas tres grandiosas afirmaciones: La Unidad Católica, que es la tradición en el orden religioso y social; la Monarquía, tradición fundamental en el orden político, y la libertad fuerista y regional, que es la tradición democrática de nuestro pueblo.

Esta es la constitución interna de España; y la revolución, copiando ó inventando constituciones artificiales, ha establecido una lucha sin tregua entre aquella y las escritas, introduciendo en todo el desorden, y rompiendo la armonía entre el carácter de un pueblo y su vida social, que no puede suplantarse sin caer en la anarquía, ni sostenerse adulterada, sino por el despotismo y la guerra. Todas nuestras antiguas glorias y grandezas, nuestras leyes y nuestras costumbres, se originaron y vivificaron por la fe católica: y sobre este admirable fundamento se alzó sublime la figura de España, que por amor á la verdad, y abominando del error, necesita y defiende la salvadora

Unidad Católica, lazo de su unidad nacional y corona de su historia.

Amando y sirviendo á la Iglesia de Cristo, proclamamos su libertad completa, su derecho soberano á regirse y gobernarse con independencia, sin que á su marcha se opongan ni «recursos de fuerza, ni pases regios,» para que, regulando ella su relación con el Estado, y amparada por éste, corresponda á la eficacia de una ley defensora, inspirando y sosteniendo la verdad cristiana en la sociedad; que así las leyes serán justas, los tribunales rectos, los administradores incorruptibles y las costumbres dignas, honradas y españolas.

### *La Monarquía*

La monarquía, personificando la unidad nacional, se legitima por el derecho histórico, se consagra por la pureza de los principios y se sostiene por el amor y la ley. La Monarquía ha de ser tradicional, para que con su permanencia se emancipe de todas las ambiciones, que unas veces con el grito de las turbas, otras con los sables pretorianos, y siempre con la tutela de gobiernos irresponsables por el supremo derecho de gracia con que los asisten sus forjadas mayorías, hacen que el rey constitucional se reduzca á un emblema costoso, á una ficción del poder sin actividades eficaces,

y siempre sometido á oligarquías inspiradas en el interés mezquino de las parcialidades políticas.

Si el Rey es el primer magistrado de la Nación ha de ser también el primer guardador de su ley, y el primer soldado de la Patria. El Rey, que lo es de veras, reina y gobierna; pero sin que su voluntad traspase las leyes, porque el despotismo ni es cristiano ni español, y los hombres nacen para ser libres en la justicia, y jamás siervos de ninguna persona.

El Rey ha de estar en contacto con el pueblo, para desvelarse por su bien, y ha de ejercer su autoridad rigiendo el Estado con las facultades esenciales á la suprema soberanía política.

Pero como la ciencia y la experiencia realizan la autoridad y la auxilian, obedeciendo á esta necesidad apremiante y á una tradición no interrumpida, se afirma la existencia de un Consejo Real, dividido en tantas secciones como ministerios, que asesoren al Monarca y compartan, con jurisdicción retenida, el ejercicio del poder, siendo sus miembros designados entre las clases preeminentes y los hombres más distinguidos de la nación, y asegurando debidamente sus condiciones de justa independencia, para que no los remueva el capricho, y con menoscabo de la majestad se conviertan en aduladores contesanos, los que deben ser incorruptibles consejeros.

### *Las Cortes*

Desde que la Reconquista se inicia, nace entre nosotros la idea de la representación nacional, pasando desde los admirables Concilios Toledanos á las Asambleas modestas de Oviedo, de León y de Jaca, para llegar, por último, á las Cortes de Alfonso VIII y Alfonso IX; de D. Jaime y San Fernando, ya completadas con la presencia interesante del Estado llano; que siempre la voz del pueblo, cuando leal, es el mejor consejero de los Reyes.

Las Cortes fueron y han de ser veneranda y poderosa institución, sostenida por las grandes fuerzas que arrancan del interés moral, del intelectual y del material permanentes en toda sociedad; del histórico tan digno de consideración en la nobleza, que no se improvisa, y tiene vida secular como la nuestra, y finalmente de aquel que es escudo del orden y brazo armado de la Patria. Elegidos libremente sus procuradores por cada clase, lo que supone el voto acumulado en los que pertenezcan á varias, se asegura la representación equitativa de todas las fuerzas, para no caer bajo la tiranía del número inconsciente. Así estarán digna y acertadamente representados, en los del clero, los intereses religiosos y morales; en los de las Universidades, Academias y centros docentes, los intelectuales; en los de la Agricultura, Indus-

tria, Comercio y Gremios de Obreros, los materiales; y en los del Ejército y Armada los que personifican la defensa del honor y derechos nacionales; sin olvidar tampoco el elemento que recuerda los honrosos servicios prestados á la Patria por la nobleza, como gremio del glorioso pueblo antiguo, al lado de los gremios del laborioso pueblo moderno, que tendrá abiertos anchos y fáciles caminos para llegar por los de la virtud, el heroísmo, la inteligencia y el trabajo á todos los honores, á todos los puestos y á todas las aristocracias.

Los procuradores de nuestras Cortes habrán de serlo con mandato imperativo, es decir, con poderes limitados y revocables, á voluntad de sus electores, y siempre sujetos á dar cuenta ante estos, de sus actos. Serán, además, en absoluto incompatibles con cualquier cargo ó retribución oficial ó de las grandes empresas industriales; y aun después de terminada su diputación, no podrán en algunos años aceptar empleos ni títulos honoríficos, ni condecoraciones, ni mercedes de ninguna clase, ya que el olvido de este principio esencial es causa de la corrupción de los parlamentos modernos, y lo fué en gran parte de la decadencia de las Cortes antiguas.

De esta manera á las mayorías oficiales de los gobiernos sustituirán las mayorías oficiales de los pueblos. Restauradas las Cortes á la usanza española, no británica, ni francesa, y funcio-

nando conforme á las tradiciones de los antiguos reinos, que unidos forman la Nación, serán aquellas libre y verdadera representación de todas las fuerzas sociales. Convocadas para asuntos previamente determinados, resultarán elegidos procuradores idóneos, y mediante estas precauciones se asegurará á las Cortes la independencia y el acierto con que, siendo auxilio y limitación del poder central, cumplan sus funciones de fiscalizarle, de votar los impuestos nuevos y de intervenir en la acción legislativa, de forma, que la fortuna del Estado se halle asegurada contra las dilapidaciones, y la libertad contra la opresión, puesto que, sin el consentimiento de las Cortes, no podrán alterarse los tributos, ni las leyes generales, quedando así la arbitrariedad esclava de la justicia.

### *El Regionalismo y los fueros*

En frente del centralismo burocrático y despótico que del paganismo tomó la revolución para esclavizar á los pueblos, se levantan como aurora de libertad nuestros antiguos fueros, organizando el regionalismo tradicional que, contenido por la unidad religiosa y monárquica, y por el interés de la patria común, no podrá tender jamás á separatismos criminales.

Independientes del poder central deben vivir los Municipios, administrando los jefes de familia los intereses concejiles, sin que el alcalde sea un mero agente del gobernador, para convertirle como ahora en siervo del ministro, sin poder ni calcular los gastos ó los ingresos de su presupuesto, ni determinar sus propias necesidades, ni siquiera aprovechar los montes comunales, cuya administración el Estado les usurpa. Y así como de las uniones y hermandades de los municipios se forman las provincias, de igual modo del conjunto histórico de varias de éstas se constituyen las regiones, que siendo entidades superiores confirmadas por la tradición y las leyes, vienen á fundirse al calor de una misma fe, de una misma monarquía, de un común interés y de fraternales amores en la sublimidad de la Patria española.

Por efecto de sus fueros y libertades la Región conserva y perfecciona su antigua legislación, en lo que tenga de especial, modificándola directamente y con el concurso del Rey, cuando el tiempo lo exija ó las circunstancias se lo aconsejen, pero siempre sin ajenas imposiciones.

Administrando una Junta peculiar con la libertad más completa los intereses privativos de cada Región, y quedando reconocido y sancionado el «pase foral,» resulta imposible cualquier indebida ingerencia del poder central, en lo que sólo á la Región compete; y rotas así las

cadenas de la servidumbre, con que la moderna centralización esclaviza á los pueblos, y atajada la constante dilapidación de sus recursos, se verán bien regidos aquéllos, porque nadie atiende y remedia mejor sus necesidades, que el mismo que las sufre y las experimenta.

Reintegradas en sus fueros las Provincias Vascongadas y Navarra; restablecidos también los de Aragón, Cataluña, Valencia y Mallorca; restauradas de nuevo las antiguas instituciones de Galicia y Asturias, y garantidas para en adelante las libertades de los diversos países de la Corona de Castilla y León, entonará la Patria agradecida á su Rey un himno de redención en sus diferentes idiomas, conservados como eco de la tradición, voz de la familia y grandeza de la literatura nacional.

### *Unidad política nacional*

Pero si se proclama el respeto de los fueros y libertades regionales, se ha de afirmar con toda entereza y eficacia la unidad política nacional, que, inspirada y sostenida por la uniformidad de creencias y por la identidad monárquica, se asegura y consolida por la unidad en las leyes de carácter general, y en las funciones también generales del Estado; comprendiendo entre las primeras los Códigos Penal, de Procedimientos, de Comercio, y aun la Ley

Hipotecaria, convenientemente reformada; entre las segundas, la administración de justicia, la dirección del Ejército y la Marina, la Hacienda propiamente nacional, las relaciones diplomáticas y comerciales con las demás Potencias, y las comunicaciones generales, y como alta función moderadora, la de dirimir los conflictos entre las regiones, cuando ellas no logren hacerlo entre sí por mutuo acuerdo.

### *Garantías de la gobernación del Estado*

Si el Rey, por las condiciones de la monarquía tradicional, es el defensor del pueblo, y la permanencia de su autoridad garantiza de que ni la ambición del poder, ni de los honores, ni de las riquezas han de impulsar sus actos; si la existencia y la respetabilidad del Consejo Real es garantía de acierto en las resoluciones del Monarca, y si las Cortes han de ser también garantía efectiva del imperio de la ley y del respeto á todas las legítimas libertades, preciso es que se garantice asimismo á la sociedad en sus miembros por el predominio de la justicia y el triunfo del derecho, organizando la magistratura á la antigua usanza, principalmente de Aragón, para que habiendo un como tribunal superior, ajeno en gran parte á ella, y compuesto, no sólo de Magistrados, sino también de Consejeros Reales y de Procu-

radores á Cortes, ejerciese un verdadero juicio de residencia, y examinando los fallos, impida que, por espíritu de cuerpo ó por falta de suficiente responsabilidad, se tuerza la ley cuando es indispensable que la Nación halle en sus Tribunales toda clase de garantías contra las prevaricaciones.

### *Hacienda*

Arruinada la hacienda nacional por las dilapidaciones del parlamentarismo y lo oneroso de la centralización económica, que ha centuplicado los gastos, para gozar del poder por el caciquismo, y gobernarle por el favor, los Gobiernos liberales esquilman á los pueblos con excesivos tributos, con los cuales sostienen algunos innecesarios Centros oficiales, muchos empleos inútiles, exageradas cesantías y un complicado expedienteo y ociosa burocracia, que hacen la vida del Estado carísima, injusta y desproporcionada; de modo, que la bancarrota es su término, el déficit su normalidad, la angustia su costumbre, y hasta el crédito, en vez de auxiliar extraordinario de aquél, se convierte, como usurero, en verdugo suyo.

Cortados de raíz todos estos abusos mediante la descentralización económica, consecuencia de la administrativa, sustituyendo en gran parte la mala administración del Estado por

la sencilla, inmediata y menos costosa de las Regiones, las Provincias y los Municipios; empezando por conocer el presupuesto de ingresos posibles, para fijar el de gastos indispensables; reduciendo considerablemente los tributos, para que el contribuyente pueda vivir y prosperar, sin arruinarse como ahora; fijando la cuota anual que las Regiones proporcionalmente han de pagar para el sostenimiento de los gastos del Estado, atendidos también con la renta de Aduanas y algunos de los monopolios fiscales; procurando unificar y convertir la Deuda pública con el carácter nacional, que la domicilie en España, y repartiéndola proporcionalmente entre las Regiones, como consecuencia necesaria de la descentralización económica; reduciendo la flotante á su limitada representación de simple anticipo; reformando el régimen arancelario con espíritu de adelanto y enérgica acción proteccionista; sustituyendo los amillaramientos hechos desde arriba por los catastros que formen los municipios, con la intervención sucesiva de todos los propietarios y colonos del Consejo; y transformando la odiosa contribución de consumos para que no pese sobre los pobres ni dificulte la circulación; se mejorarán considerablemente las condiciones de nuestra Hacienda, en la cual se habrán de introducir otras muchas innovaciones que á un poder justo, fuerte y amante de la Patria le es dable realizar; sin que al presente

sea preciso detallarlas, por razones que empiezan en la concisión y concluyen en la prudencia.

Como forma de que todo esto resulte posible y eficaz es indispensable dar al agente orgánico de la administración económica, al Ministerio de Hacienda, una estabilidad que le aparte por completo del actual vaivén á que le sujeta la mudanza de los partidos, para que arrancado de las parcialidades é intereses de la política menuda, sea el más justo y celoso defensor de los intereses uniformes del Estado y de la Nación.

Con todos estos procedimientos y grandes economías se reforzarán los recursos, se disminuirán los gastos, se moralizará la administración, y protegidas las industrias nacionales, amparada la agricultura y la ganadería, disminuidos los impuestos y beneficiados los pobres, se salvará la Hacienda, será un tesoro el crédito y se hermanarán todos los intereses de la patria bajo la paternal tutela de la monarquía, que identificándose con el pueblo, vivirá modestamente cuando éste sea pobre, sin agobiarle con la pesadumbre excesiva de una lista civil, incompatible con la penuria del Erario.

### *El Ejército*

Lejos de ser una dificultad el Ejército para la prosperidad de la Hacienda pública, contribuirá por el contrario á sostenerla por su fuerza y por sus prestigios; de modo que el elemento armado, brazo del derecho, será también emblema del honor y garantía del crédito. Para ello es indispensable que se aspire á su mayor grandeza; que la disciplina se guarde estrictamente, conformándose el Código de justicia militar con el espíritu de las antiguas Ordenanzas; que las recompensas correspondan á la importancia de los servicios, y que su fuerza efectiva sea grande, su movilización rápida, sus reservas poderosas, su organización perfecta con arreglo á los principios de la guerra moderna y á las condiciones especiales de nuestro país, y su reclutamiento obedezca á principios de justicia y equidad, sin pesar exclusivamente el tributo de sangre como carga de la pobreza. Han de restablecerse, reformados, sus antiguos Monte Píos; y dando el mayor respeto á la condición del soldado y al honor del uniforme, se evitará que las glorias y los beneficios de la honrosa carrera de las armas se pierdan, como ahora, por la edad, transformando á los militares en pensionistas civiles, cuando su carácter debe ser indeleble hasta la muerte, y el uniforme su mortaja. Todo, en fin,

debe atenderse como lo exige un elemento que ha de garantizar el orden, mantener las leyes, defender la patria, sostener su integridad é independencia, imponer á todos el debido respeto y consideración, y siguiendo las huellas de un Rey soldado y español, arrojarse á las heroicas empresas que son el ideal permanente de la España tradicional, para que torne á ser grande y admirada, al cumplir en nuestros días los testamentos de Isabel la Católica y Felipe II.

### *La Marina*

No sería en rigor indispensable hacer capítulo aparte, para tratar de la Marina, puesto que lo dicho al ocuparme de los prestigios, organización y gran desarrollo del ejército, alcanza también á aquella, con iguales propósitos y con medios asimismo análogos.

La Nación que ha fiado á sus marinos extraordinarias empresas, y que después de haber constituido la Patria y dominado á Europa, clavó en sus barcos nuestra bandera y la Cruz de Cristo, para descubrir y conquistar un Nuevo Mundo, y trazando un surco alrededor del planeta, hizo que en todas partes se respetase y bendijese el nombre de España, y se profesara su fe, y se admirase su portentosa historia, no puede menos de lanzarse resueltamente á

engrandecer su Marina, para que sea lazo de unión entre las colonias y la madre patria, y baluarte inexpugnable de sus extensas costas.

Para que esto resulte, hay que libertarnos de la dominación extranjera, reformando nuestros arsenales y nuestros diques, nuestro material flotante y nuestros astilleros; hace falta organizar y simplificar la costosa administración de Marina, de modo que por consecuencia de una gestión honrada y de una dirección patriótica y proteccionista, torne á ser la industria nacional la que, construyendo nuestros barcos y sus armas y maquinaria, aumente nuestra riqueza, la difunda entre los pobres por el trabajo, ayude al desarrollo del progreso y coadyuve al fomento moral y material de la Nación.

### *Las Colonias*

Como si fueran pocos los inmensos desastres que el liberalismo desencadenó sobre España, los ha extremado últimamente llegando hasta hacer posible que se vea amenazada la integridad de su territorio, como lógica consecuencia de una política, que, inspirada en la rebelión del pensamiento y de la voluntad, es la práctica de la insurrección permanente, desde la traición de Cabezas de San Juan, hasta las de Baire y de Cavite.



¡Haga Dios que ese paréntesis de esperanzas que parece abrirse ahora, no se cierre algún día para nuestra deshonra, por una maquinación política que acabe con el imperio colonial más grande que han contemplado los siglos, conquistado por la fe y el patriotismo de la España tradicional!

Aherrojada la fe en Cuba y Filipinas, desautorizada la Iglesia, sin acción la monarquía, dominadas las colonias por el interés de partido, que engendra las desmoralizaciones administrativas, y por el absolutismo de la centralización que contribuye á desarrollarlas, se desataron fatalmente los lazos de unión de las Colonias con la madre Patria, y hoy lucha heróicamente el sufrido é imponderable ejército español, para reanudarlos con los torrentes de sangre generosa que derrama y ofrece en aras de la integridad nacional; mas lo que se impone sólo por la fuerza, es efímero. Los sacrificios gloriosos, pero ineficaces, podrán ser una epopeya, pero no un triunfo definitivo ni una afirmación estable de nuestra soberanía.

Caiga sobre los partidos liberales de todo este siglo la enorme responsabilidad de nuestras inmensas presentes desventuras, responsabilidad de que estamos enteramente libres los carlistas, y que no aceptamos sino para remediar aquellas en cuanto sea posible. Y á estar en el poder, no nos fuera tan difícil, estableciendo en las colonias nuestra amplia descentraliza-

ción administrativa, con una fuerte y justa centralización política, restaurando el Virreinato como representación de la Monarquía y de la ley, es decir, de la autoridad y de la justicia. El Virrey, sometido á un juicio de residencia, y á un balance de su fortuna, anterior y posterior á la época de su mando, sería espejo é imposición de la fidelidad: el código colonial, reflejando aquel admirable y paternal espíritu de las Leyes de Indias, mejoraría el estado de nuestras posesiones ultramarinas, y variadas adecuadamente las relaciones mercantiles de España y sus colonias, resultaría que aquella no sólo era la metrópoli política, sino además la comercial.

Y con ánimo levantado y grandiosas aspiraciones, tiéndase á estrechar los vínculos del origen, de la lengua y de los intereses entre la Madre de América y las repúblicas que nos deben la fe, la civilización y la sangre, para que, constituyendo una poderosísima confederación de los pueblos hispano-latinos de uno y otro hemisferio se pueda así contrarrestar la pretensión absorbente de la raza sajona.

---

## *La cuestión social*

---

### *Cuestión obrera*

Grave problema es la cuestión social, que hoy agita al mundo, y mantiene en inquietud los ánimos, y en desorden los pueblos. Antigua y siempre pavorosa, el mundo pagano la resolvió con la esclavitud de la fuerza, y el cristianismo con la esclavitud del amor. La fuerza impuso el trabajo como el amor la caridad, y la revolución volviendo á la tiranía por la libertad sin fronteras, proscribiendo la caridad y la fe, ha engendrado el pauperismo, que es la esclavitud del alma y del cuerpo. El trabajo se ha convertido en mercancía y el hombre en máquina.

Queremos protestar y redimirle, llevando á la legislación las enseñanzas de la más admirable encíclica de León XIII; aspiramos á que el patrono y el obrero se unan íntimamente por relaciones morales y jurídicas anteriores y superiores á la dura ley de la oferta y la demanda, única regla con que las fija la materialista economía liberal, y pretendemos, por tanto, emancipar por el cristianismo al obrero de toda tiranía.

Para ello ha de fomentarse la vida corporativa, restaurando los gremios con las reformas necesarias; se necesita acrecentar las sociedades cooperativas de producción y consumo, y conseguir que el Poder restablezca el Patronato cristiano, reglamentando el trabajo.

Así cumplirá el Estado el primero de sus deberes, amparando el derecho de todos, y principalmente el de los pobres y el de los débiles, á fin de que la vida, la salud, la conciencia y la familia del obrero no estén sujetas á la explotación sin entrañas de un capital egoísta, por cuyo medio un Monarca cristiano se enorgullecerá, mereciendo el título de Rey de los obreros.

### *Cuestión agraria*

En España, por el escaso desarrollo de la grande industria, que sólo reina en varias laboriosísimas provincias, y por su más sana atmósfera moral, no presenta la cuestión obrera caracteres tan alarmantes como en otras naciones. Entre nosotros la cuestión obrera, aparte de los territorios indicados, casi puede reducirse á la cuestión agraria, como ésta á una cuestión administrativa y económica.

Los tributos abrumadores y el caciquismo tiránico hacen imposible la vida en los pue-

blos, y determinan una doble corriente de emigración entre nuestros sufridos y vejados agricultores, quienes en demanda de pan y trabajo afiuyen á las ciudades ó abandonan la Patria como víctimas de una política cruel, atropellando por todo para buscar en América ó en África el sustento de sus desamparadas familias.

Preciso es atajar por completo y cortar de raíz esta emigración de la desgracia, reformando algunas leyes onerosas y rebajando las insostenibles contribuciones que arruinan la agricultura, la industria y la ganadería. Necesario es también completar la restauración general con la de la tierra misma, repoblando sus montes, roturando sus yermos, y haciendo que las aguas de los ríos no corran infecundas ó exterminadoras. Renovados los Pósitos, han de fomentarse las Ligas y Cámaras agrarias, los Bancos y las Cajas agrícolas, y así, vencedores de su actual abatimiento, al amparo de municipios libres de caciques, regresarán á sus hogares los desterrados por el Fisco, y con la mayor oferta de trabajo en las ciudades y la rebaja de las subsistencias, que produzca el aumento de la producción agrícola, subirán doblemente los jornales y aumentará en proporción el bienestar de las clases labradoras. Podrá extenderse á toda España la beneficiosa institución del *Vínculo navarro*, con el que dentro de la competencia se logra abaratar el

precio de las más necesarias mercancías y librar de inicua explotación á los pobres: y reglamentado el trabajo, defendido por la corporación y amparado por el patronato, tornarán el agricultor y el obrero á ser redimidos por la monarquía de la doble servidumbre moral y material en que la Revolución los tiene con el falso nombre de libertad.

### *La enseñanza*

Entre otros varios asuntos de capital interés, sobre que versaron estas conferencias, ha merecido atención detenida y singular cuanto á la Enseñanza se refiere, porque ella ha de guiar al joven para llegar á ser un perfecto ciudadano, útil á su patria, sirviéndola con la pureza del criterio y la hermosa aspiración al adelanto en todo linaje de conocimientos. Amantes nosotros de los mayores progresos en las ciencias, en las letras y en las artes, entendemos que el Estado ha de cumplir su deber general de protección, fomentando y amparando eficazmente la Enseñanza, pero sin absorber las facultades privativas de otras entidades, ya que aquella constituye una función social y no política, en que la Iglesia, la familia y otros elementos han de tener necesaria intervención para que sea, ante todo, católica y cumpla bien sus distintos

finés. Hay que reorganizar las escuelas primarias y los estudios secundarios, superiores y profesionales, hoy dislocados por leyes contradictorias; haciendo á la vez que recobren su antigua vida las Universidades, para que saliendo de su actual estado de servidumbre, y reanudando la tradición científica de España, se emancipe la inteligencia de nuestros alumnos de doctrinas exóticas y de filosofías extranjerizadas, tan contrarias á la fe de nuestro pueblo como al genio de nuestra raza.

---

Encargado de redactar el acta de estas conferencias políticas, celebradas en el Palacio Loredan con el Señor Duque de Madrid, é interpretando sus instrucciones, he intentado resumirlas en este escrito con la sobriedad que exige una enumeración de principios, y los detalles indispensables á la de procedimientos, sin buscar la controversia, al limitarme á la afirmación y en todo caso á la síntesis de los asuntos.

Al presentar hoy públicamente la política del carlismo, repito, que guardo y reservo todos aquellos estudios, planes y decisiones que, como vida interna carlista, sólo á nosotros competen, y la prudencia veda entregar á

la publicidad, pues han de constituir nuestra conducta entre el hoy y el mañana, para pasar del uno al otro, desarrollando grandes y eficaces acciones, que correspondan á las circunstancias. Al quedar todas estas previstas y estudiadas, pusimos siempre al lado del hecho liberal la solución carlista, y en cada una el espíritu más patriótico, la abnegación más absoluta y la disciplina más perfecta; cualidades de nuestra historia de sacrificios; medios propios de nuestro carácter y fuerzas de la poderosísima organización del carlismo.

Nosotros constituimos una familia, no un partido; la convicción es su impulso, el amor su lazo y la confianza en la lealtad su fuerza. Ofrecida el alma á Dios, y la hacienda y la vida al Rey, ponemos en la Patria el corazón y el pensamiento, de modo que por servirla, acudimos á la política, y por salvarla no hay sacrificio que nos arredre, ni temor que nos detenga. Viéndola desgraciada la llamamos Madre y estamos dispuestos á conducirnos siempre como hijos, que contemplasen á la madre de sus amores sometida á la esclavitud y al menosprecio.

Pero como el amor verdadero no se funda en el egoísmo, sino en la abnegación, nosotros hemos puesto sobre el interés de partido el patriótico, y desechando cualquier idea que fundase el éxito en el criminal aprovechamiento de las presentes angustias nacionales, damos

prueba más solemne, incontrovertible y pública del más grande y arraigado patriotismo. Durante este desdichadísimo periodo, que empieza en las vergüenzas de Melilla, y siguiendo por las traidoras y desastrosas guerras de Cuba y Filipinas, conduce á la Patria á la angustiosísima situación presente, razonando todas las oposiciones y todas las protestas, el carlismo no ha creado dificultad alguna. Ni siquiera realizó sus acostumbrados viajes de propaganda, y hasta repetidas veces ha denunciado en su prensa trabajos de desorden y alboroto, promovidos á espaldas de nuestra organización, y á los que negábamos resueltamente nuestra bandera; y así hemos vivido en la expectación y la prudencia, imponiendo á todos los arranques, el superior del patriotismo.

Y esta noble actitud es tanto más de agradecer y considerar, cuanto no sólo nosotros, sino el país entero, ha votado ya en sus conciencias el plebiscito que, condenando á juicio de residencia el régimen actual, ha dado por muerta su política y por fracasados sus hombres. El enfermo está herido de muerte, pero aún agoniza en la impenitencia final, y si, soñando mentidas ilusiones en su delirante apego á la vida, busca inútilmente el prolongarla, aceptando intervenciones de fuerzas extrañas, que mueve el egoísmo, para arrojarnos á la ruina y la deshonra, caso será de recordar como nos hemos conducido, para que enton-

ces á nuestra protesta se la reconozca el carácter salvador y nacional, y logre el carlismo su suprema aspiración de obtener las bendiciones de la Patria, para ofrecerse y sacrificarse por la integridad, por la salvación, por la independencia, por la honra y por la restauración de España.

*El Marqués de Cerralbo.*

Venecia, en el Palacio Loredan á 20 de Enero 97.



## EPÍLOGO

---

### *Hé aquí terminada mi tarea*

Tal vez no he cumplido bien mi cometido: los colores de mis pinceles creo, con certeza, que han resultado débiles no interpretando debidamente la obra como en su pura realidad tendría que ser; sabéis ya, por tanto, lectores queridos, que en medio del centellear del rayo calcinador, el bramido del trueno y los ahullidos del torbellino que amenaza devorarnos, el único refugio, el iris de paz, el puerto de salvación es, á mi entender, D. Carlos de Borbón; él es un verdadero español, pues á más de lo anotado sabemos que está dispuesto á renunciar á la mitad al menos de su asignación y á más si es necesario, siguiendo el ejemplo de D. Enrique el *Doliente*; él es un perfecto soldado y entendido general: pruebas de ello dió en el campo de batalla exponiendo su vida como el último voluntario para salvar a España; él es también un gran político, político de verdad, que no pretende engañar al pueblo, demostrándolo al decir «Lo que debe

hacerse hoy es infundir en el pueblo la idea verdadera y exacta de lo que somos: darnos á conocer con sinceridad, y la fuerza de los acontecimientos nos indicará mañana cual es el camino que hemos de seguir después de éste, y lo seguiremos.»

Pueblo amado, escoge: ó los hombres que enarbolan la bandera que nos condujo á Cavite y á Santiago de Cuba, ó los que tremolan el estandarte que es el mismo que ondeó en los cielos de Clavijo.







CA - 40

